

LITERATURA

MUSICOLOGÍA

**LA INVESTIGACIÓN DOCUMENTAL SOBRE
EL HECHO MUSICAL EN EL ÁREA DEL MONCAYO**

PEDRO CALAHORRA MARTÍNEZ*

** Jefe de la Sección de Música Antigua de la Institución Fernando el Católico*

LA INVESTIGACIÓN DOCUMENTAL SOBRE EL HECHO MUSICAL EN EL ÁREA DEL MONCAYO

PEDRO CALAHORRA MARTÍNEZ*

OBSERVACIONES PRELIMINARES

La música y la investigación histórica sobre la misma nunca han gozado de la preferencia de los investigadores e historiadores del Arte. En notorios programas de investigación documental sobre las artes en Aragón en los siglos XVI y XVII la música fue excluida por principio de los mismos. Y únicamente fue incorporado el tema de los órganos por razón de su mueble o caja, como parte visible, tangible, de ese determinado fenómeno musical, y alcanzando de alguna manera a los constructores de los mismos. Pero nada más.

La razón podría estar en que la música es un arte callado, por no decir invisible o intangible, mientras no se ponga en marcha todo un engranaje de medios que la haga momentáneamente sensible, meramente audible: y para ello hay que recuperar las obras en sus borradores, partituras, guiones o particellas sueltas; hacer la correspondiente transcripción; buscar los cantores o el coro apropiado; preparar y repetir los ensayos; hasta llegar, por fin, a la momentánea audición. Conforme se va escuchando la música, la obra de arte va consumiendo su armoniosa belleza sonora, y vuelve a ser ese arte callado, no tangible ni mensurable, invisible y ni siquiera audible. Un cuadro pictórico, un edificio, una talla, un capitel, etc., están siempre presentes, visibles, ofreciéndonos los elementos armoniosos y artísticos de su ser. La música, no.

Y creo que esta peculiaridad de la música la hace más difícil a la hora de estudiarla, investigarla, de intentar plasmar su desarrollo, que cuando se trata

* Jefe de la Sección de Música Antigua de la Institución Fernando el Católico

del resto de las artes, Y de ahí, creo, la penuria que encontramos de estudios musicales y de trabajos de investigación sobre su historia. Además, y esto también es cierto, de la necesidad de un cierto conocimiento de la música y del mundo musical, no común en los estudiosos del arte, para un desarrollo normal de la investigación musicológica.

EL HECHO MUSICAL

El hecho musical en sí es universal. Las características de la música, concretándonos ahora al mundo occidental, son comunes para todas las regiones del mismo en cada una de las épocas de la historia de la música, de tal manera que podemos afirmar que lo que conocemos que se daba o acontecía musicalmente en determinado lugar lo podemos afirmar de la región en que nos encontramos. Y podemos decir que, si bien no conocemos el desarrollo completo y detallado del hecho musical en esta región del Moncayo, tenemos indicios claros y determinados de que se dio de igual manera que en otros lugares, aunque nos falte la ilación necesaria entre dichos indicios para escribir su historia.

Por esta relación analógica de unas regiones con otras respecto de la música, se pueden señalar unas determinadas épocas de posible investigación musicológica, válidas para todos lugares y que aplicaremos a nuestra región. La mención que hagamos de otros lugares y de la investigación musicológica llevada a cabo en los mismos sólo tiene el valor de referencia para el trabajo posible de investigación en la región que nos ocupa.

ÉPOCAS PARA LA INVESTIGACIÓN HISTÓRICO-MUSICOLÓGICA

1. **ÉPOCA ROMANA:** La investigación se puede concretar en la iconografía musical que aparece en los restos arqueológicos —mosaicos, terracotas, etc.—; ésta es muy escasa, pero posible. En el Museo Provincial de Zaragoza la tenemos. La intensa y rentable investigación arqueológica que lleva a cabo este Centro de Estudios Turiasorienses, puede un día deparar esta iconografía musical entre los restos encontrados.

2. **ÉPOCA VISIGODA:** Sobre la misma, la investigación estaría orientada hacia la búsqueda de restos de antifonarios mozárabes, por no soñar en volúmenes enteros. Es lo que principalmente conocemos por esos pocos folios de pulquérrima notación musical del llamado «Libro de San Voto», cuyo facsímil ha sido editado en 1986 por la Sección de Música Antigua de la Institución Fernando el Católico con el título «Antiphonale Hispaniae Vetus». La investigación puede orientarse también hacia las obras literarias de los obispos visigodos

en las sedes de esta región por su posible contribución literaria a la liturgia y su correspondiente música, como en el caso del arzobispo cesaraugustano Juan.

3. **ÉPOCA ÁRABE:** Pudieran darse elementos musicales en narraciones de fiestas y costumbres de los árabes, y también en los libros o tratados de la cultura árabe, en los que no faltarán los discursos musicales, o también en la figura de algún sabio árabe de esta región. Esto es lo que conocemos de los árabes asentados en Zaragoza, destacando de manera especial la figura del universalmente conocido por Avempace.

4. **ÉPOCA MEDIEVAL:** En la misma se da la mezcla de elementos cristianos y árabes en el transcurso de la Reconquista. Ello se manifiesta musicalmente en los acontecimientos sociales: visitas de reyes, tratados, pactos, bodas reales y momentos similares. Si el ejemplo que podemos citar lo constituyen las crónicas de las coronaciones de los reyes de Aragón en la Seo de Zaragoza, y de los correspondientes festejos en la Aljafería de la capital aragonesa, en este caso también se puede poner un ejemplo netamente turiasonense. En enero de 1329 se celebran en la iglesia de San Francisco de Tarazona las bodas del rey Alfonso IV «El Benigno» con doña Leonor, hermana del rey de Castilla, don Alfonso XI. Entre los detalles en los que el cronista fija su atención, no escapa la complacencia del rey por la actuación de dos juglares, el uno sonando uná flauta, que denomina «xabeta», y el otro con un salterio de tipo «neocanon» o «micanon». Tanto, que el rey deseará volver a escucharlos, y con este fin escribirá al rey de Castilla, su suegro, para que se los envíe a su corte. Es un ejemplo. Pero desde 1119, fecha probable de la reconquista de Tarazona, hasta la época del Renacimiento, la ciudad será numerosas veces escenario excepcional de visitas reales, pactos, celebraciones de Cortes, bodas reales, etc.; acontecimientos que, como la visita a Tarazona en 1505 de Felipe «El Hermoso» en su primer viaje a España, por poner un ejemplo más, han generado copiosa documentación en la que no faltará el detallé musical de suma importancia para el musicólogo. Éste es un campo de investigación que puede dar noticias de los variados instrumentos de cada una de las épocas, y de los numerosos y diferentes juglares y ministriles, moros principalmente, también cristianos, y, muy excepcionalmente tendría que ser, músicos judíos. Serán datos sueltos, inconexos entre sí, pero que en su conjunto dan una visión bastante exacta del hecho musical. Hecho musical que estamos seguros de que se daría con notable intensidad en Tarazona.

5. **EL SIGLO XVI:** El panorama de la investigación se expande en este punto y comienza a multiplicarse la diferente documentación debido a la multiplicidad de formas en la presencia de la música en la vida de la sociedad renacentista.

En el trasunto del siglo XV al XVI se dieron en la música algunos procesos evolutivos por parte de sus protagonistas, que justifican la multiplicación de la documentación sobre la misma en este tiempo.

El hecho musical se expande de tal manera que el ser músico es una posibilidad más de convivir con los diversos gremios artesanales que comporta la sociedad renacentista. Maestros de capilla, organistas, cantores, instrumentistas, teóricos, artesanos organeros, tañedores, sonadores y constructores de vihuelas, guitarras y demás instrumentos polifónicos, constituyen un abigarrado mundo de músicos que tienen vida propia y forman parte con derecho propio en el desarrollo de la sociedad en que viven.

Asimismo en este momento se dan algunos procesos de finalización de elementos musicales importantes en anteriores épocas. Por ejemplo, los carros teatrales con sus historias sacras, los concursos de danzas y bailes, con argumentos religiosos, entre los diversos gremios locales y también entre poblaciones, y actuaciones similares, fueron frecuentes en los siglos XIV y XV, pero poco a poco irán desapareciendo en el siglo XVI. El ancestral y solitario juglar conservará todavía su protagonismo musical en la línea de lo popular, amenizando las fiestas populares, bodas y momentos semejantes, y en lo sacro, resaltando con sus cantos, saltos y mimos el paso del santo patrón de un gremio que éste muestra en procesión pública; pero cederá el paso a la presencia del conjunto polifónico de las voces de la capilla de música y de los ministriles instrumentales, asimismo agrupados en conjuntos polifónicos.

Reyes, nobles y arzobispos provenientes de las casas reales, tenían su propia capilla de música y sus juglares y ministriles músicos, si bien técnicamente poco conjuntados, actuando por lo general, como hemos indicado, en solitario. Pero en el siglo XVI no habrá ya catedral sino cualquier convento e iglesia de relativa importancia que no quiera tener su capilla de música y, en cuanto le sea posible, también su conjunto instrumental de ministriles polifónicos al servicio de la liturgia fundamentalmente. Los nobles ya no harán ostentación de tener capilla propia y, por lo general, los músicos cantores e instrumentistas que solemnizaron armoniosamente la celebración religiosa de la mañana, festejarán musicalmente el sarao palaciego por la tarde. Y será ahora el conjunto polifónico de ministriles el que acompañe al santo patrón del gremio o acompañe a los jurados de la ciudad en los pasacalles cívicos para celebrar una buena nueva real —nacimiento o matrimonio— o una gesta bélica a favor del rey, y no el solitario juglar, como hemos indicado antes.

La organería, por poner otro ejemplo de esta evolución musical, da un paso importante pasando de los brazos de los juglares y ministriles a asentarse en los presbiterios y coros de todas, podríamos decir, las iglesias. Iniciándose ese sabio proceso artesanal que cristalizará en el perfecto órgano del siglo XVI.

Me he extendido en detallar este panorama de la música en el siglo XVI porque es la base del largo y complejo desarrollo de la música desde entonces hasta nuestros días. La siguiente época barroca popularizará nuevos instru-

mentos como el violín, y desarrollará la melodía frente al anterior proceso polifónico de la música. La época romántica sacará, en gran parte, la música del ámbito religioso y la trasladará al intimismo de la velada musical de los melómanos en sus propias casas. El teatro que siempre tuvo como elemento básico de sus actos a la música, emprenderá, en alas de la misma, el vuelo de la zarzuela musical y, después, de la ópera, conmocionando de manera especial ésta la vida de los músicos y aficionados. La época del sinfonismo del siglo XIX influirá enormemente en la música religiosa que acogerá en sus composiciones los elementos y estilo del mismo, al mismo tiempo que originará, intentando popularizarse, la creación de numerosas bandas instrumentales. Y el proceso no se detiene hasta nuestros días.

Lo anteriormente expuesto constituiría el bosque, esto es, las grandes ideas que no nos permiten detallar uno a uno los árboles, que serían los músicos, las composiciones, los instrumentos etc. Y todo ello nos ayudará a comprender el porqué de la desorbitada extensión de la documentación en que hallamos todo este dato musical y el enorme trabajo de investigación que se presenta al querer conocer detalladamente el hecho musical, aunque se concrete en la vida de una ciudad, en la de Tarazona, por ejemplo.

LA INVESTIGACIÓN MUSICOLÓGICA EN EL ÁREA DEL MONCAYO

Por las referencias que encontramos en los datos histórico-musicales que conocemos, son muchos los diferentes lugares de esta región en torno al Moncayo en los que sabemos que se desarrolló la música en alguna de sus múltiples facetas.

Pero hoy por hoy, en lo que personalmente conozco, siempre ampliable y mejorable por nuevos datos que en el momento no poseo, podemos hablar solamente de dos localidades en las que la investigación del hecho musical nos permite conocer la vigencia de la música en el desarrollo histórico de estas poblaciones, con un cierto detalle, si bien parcial, de nombres de músicos y de actividades musicales.

BORJA: Se me permitirá que utilizando el orden alfabético, por el que Tarazona aparecerá tantas veces en los últimos lugares, y nada más que por esta razón, comience la exposición del estado de la investigación musical en esta zona del Moncayo, hablando de la ciudad de Borja. Posteriormente me detendré en los trabajos realizados, en los proyectos en curso, y en otros posibles programas de investigación musicológica en esta ciudad de Tarazona.

En Borja se han dado juntos el interés por la música y por el conocimiento de su desarrollo histórico en la vida de la ciudad y los conocimientos musicales necesarios y más que suficientes para una investigación lúcida y provechosa en

el campo de la musicología, en la persona de Emilio Jiménez Aznar, director-fundador de la coral local «Vientos del Pueblo», asimismo director-fundador del «Centro Difusor de Canto Coral en Aragón», a través del cual se han celebrado anualmente desde 1979 hasta hoy los «Cursos de Canto Coral en Aragón», en los que se han incrustado desde 1980 las «Semanas de Canto Coral en Aragón» y las «Semanas de Composición Coral», vigentes asimismo hasta nuestros días.

Su actividad se inicia recogiendo, en primer lugar, todo cuanto se publica en los medios que sean, referente a la música y músicos de la ciudad de Borja. En el «Avance Bibliográfico sobre la música en Borja», confeccionado por Emilio Jiménez, y que constituye uno de los apéndices de esta comunicación, recoge más de treinta trabajos de muy diversa procedencia —desde el «Anuario Musical» del Instituto Español de Musicología o la Revista «Nassarre» de la Institución Fernando el Católico, hasta papeles locales como la Revista «Moncayo» o «Ecos del Moncayo», en los que se hace referencia explícita a la actividad de los músicos borjanos, con preferencia en su misma ciudad y también fuera de la misma. Los «Programas de Fiestas de la Ciudad de Borja» han recogido hasta el momento, desde 1955, nada menos que diecisiete trabajos dando a conocer la vitalidad que siempre tuvo la música en la misma y la valía de sus músicos, algunos de reconocido renombre por lo menos en el ambiente musical español. El «Centro de Estudios Borjanos», en sus cuadernos de investigación, ha publicado cinco extensos trabajos sobre el tema musical local, con prolongación muy tentadora y plausible hacia lugares próximos a Borja, como Magallón y Ainzón. Una última parte de este avance está destinada a reseñar ampliamente los proyectos, unos terminados y en preparación para su publicación, como pueden ser los estudios sobre la organería en Borja; el catálogo de los fondos musicales de la Colegiata de Borja; la documentación musicológica recogida en los acuerdos capitulares del cabildo de dicha colegiata, y otros proyectos interesantes como la recopilación, inventario y catalogación de fondos musicales que puedan hallarse en otros lugares borjanos, iglesias y casas particulares.

Ni que decir tiene que de los setenta apartados de este «Avance Bibliográfico», Emilio Jiménez Aznar se lleva la parte del león con casi la mitad de los trabajos firmados por él, fruto de su entusiasmo, su capacidad de trabajo y sus amplios conocimientos musicales, que han culminado con la reciente publicación de un volumen con transcripciones de composiciones musicales de algunos maestros de capilla de la colegiata de Borja en diversos períodos.

TARAZONA: Qué es lo que conocemos documentalmente de la historia de la música de Tarazona.

1. La existencia de datos musicológicos en los relatos de los cronistas de los acontecimientos históricos de la Edad Media en los que Tarazona fue protagonista, y en la documentación de las cancillerías reales que hace referencia a la ciudad. De ello he podido presentar un ejemplo.

2. La supervivencia de gustos y gestos musicales medievales, de manera especial en la extraordinaria procesión del Corpus, en la que, hasta entrado el siglo XVII, se tendrán todavía bailes y danzas al estilo del medievo, tales como la «Danza del Unicornio» o la «de los elefantes», por mencionar algunas, y otras preparadas en lugares próximos como Torrellas y Grisel. Singular procesión a la que acudían a sonorizarla ruidosamente numerosos juglares y ministriles de estos lugares cercanos a la ciudad. Recuperar documentalmente todo el fausto religioso y el asombroso movimiento lúdico desarrollados en esta procesión en Tarazona, por otra parte tradicional y espectacular en toda España en aquellos siglos, sería un importante trabajo de amplia investigación, no sólo musicológica, que, entre otras cosas, nos acercaría al mundo musical de los siglos XV, XVI y XVII.

3. Tenemos nombres. Muchos e importantes nombres en cualquiera de las épocas en que nos situemos. En la polifonía clásica del siglo XVI son señeros los de Juan García de Basurto, Juan Arnal, Francisco de Silos y el «celeberrimus» Juan de Olorón; en la menos conocida época barroca, Juan Ruiz Samaniego y Juan Francisco de Sayas; y en el XIX, Nicolás de Ledesma, de ámbito nacional, y Tomás Genovés que destacará en los círculos musicales europeos. Músicos éstos, y también otros, que por brevedad dejo de mencionar, capaces de llenar un amplio campo de investigación por la importancia de sus obras y de su magisterio musical.

La investigación no sólo alcanzaría a los maestros de capilla de la catedral turiasonense, sino también a sus organistas, y a sus músicos cantores e instrumentistas.

4. Quiero subrayar aquí la importante actividad artesanal en Tarazona de maestros organeros que en la misma tuvieron taller, magistralmente representados por Guillaume de Lupe, francés de origen, que en Tarazona casó y de donde son sus hijos, algunos de los cuales, Francisco y, de manera especial, Gaudioso, continuarán su prestigiosa labor, expandida por una amplia región en torno a Tarazona. La importancia de este singular maestro organero ha llamado la atención de los investigadores, de manera que es uno de los personajes más estudiados y conocidos no sólo en el ámbito local sino nacional. Así como que la organería en Tarazona sea tal vez uno de los temas también más estudiados y conocidos de la historia musical de la ciudad.

5. Aunque la figura del artesano organero Guillaume de Lupe destaca actualmente sobremanera en el apartado de los talleres artesanales de construcción de instrumentos músicos, no es el único del que se tenga noticia en diferentes épocas, ni de menor importancia en sus respectivos campos. Tenemos noticia de la actividad artesanal en esta ciudad de Tarazona, coincidiendo en la misma con Guillaume de Lupe, del violero Martín de Villanueva. Actividad artesanal que no debió de cesar nunca en esta ciudad, puesto que se cono-

cen y guardan celosamente clavicordios contruidos en el siglo XVIII por José Graválos, quien dice de sí mismo que era contralto de la catedral de Tarazona, como lo confirman los libros capitulares de la misma. Es éste un tema abierto a una posiblemente apasionante investigación, totalmente por hacer.

6. Las hemerotecas públicas o de instituciones locales, las colecciones privadas de periódicos, revistas, programas, etc., podrían dar luz sobre una última y amplia época musical que abarcaría casi desde el comienzo del siglo XVIII hasta nuestros días, cubriendo, por una parte, las primeras expresiones del romanticismo con las primeras orquestas, junto a las colecciones de tonadillas y cantos populares, las zarzuelas locales, las agrupaciones bandísticas, los talleres artesanales, los centros musicales y el gran mundo sinfónico y operístico que en manera alguna podemos suponer ausente de nuestra ciudad.

La memoria de un cronista local turiasonense nos trae la presencia musical en Tarazona, más o menos reciente, de destacados profesionales músicos como Dionisio Lasa, Manuel Bonel, Alfonso Alvarado, Julio Bernia, Rufo Matud, García Egido y Miguel Alberoa. Es una muestra de nombres que fueron importantes en el ámbito musical turiasonense y deben seguir siéndolo gracias a un posible programa de investigación histórico-musicológica, capaz de dar nueva vida a los que animaron la de su ciudad con su arte.

7. Por último, quiero detenerme en los fondos musicales del archivo capitular de la catedral de Tarazona.

Dichos fondos constituyen tres bloques claramente diferenciados. El primero lo constituyen los libros litúrgico-musicales de los siglos XIV y XV, a los que añadimos tres grandes códices musicales, uno del siglo XIV, cercano aún al canto gregoriano, mientras los otros dos recogen más bien la transformación de aquél en el llamado canto llano; a los que habría que añadir los grandes libros corales para el canto coral, hoy menos estimados en cuanto a sus elementos musicales, pero valiosos por razones históricas, culturales y artísticas.

Un segundo bloque lo constituyen, en primer lugar, los códices de la polifonía clásica, manuscritos, copias más o menos recientes algunos de otros muy deteriorados o desaparecidos, que contienen, en primer lugar, las obras de los maestros de la capilla de música del rey Fernando «El Católico» —Pedro de Escobar, Alonso de Alva, Francisco de Peñalosa, Juan de Anchieta, y otros—, junto a las obras de los grandes maestros extranjeros de esa época —Luyset Compère, Montón, Jaquet, Clemens non Papa, Criquillon, Jusquin—, justamente copiados junto a los citados maestros hispanos. Queda constancia por su música de algunos grandes maestros, de la catedral de Zaragoza, como Melchor Robledo, y de la propia catedral turiasonense como los citados García de Basurto, Juan Arnal, Francisco de Silos y el más tardío Francisco de Sayas. Y en segundo lugar, una colección de treinta y cuatro impresos musicales, volúmenes grandes unos, conteniendo todas las partes o voces de la composición,

otros, pequeños libretos, que responde cada uno a cada una de las partes o voces que entran en las composiciones.

Un tercer bloque lo constituyen unas mil quinientas obras, principalmente del siglo XIX, además de un corto número de obras de siglos anteriores y del presente. En este bloque queda patente el influjo del sinfonismo en la música religiosa y litúrgica, y abundan las misas, misereres, salmos y salves para pequeña o gran orquesta, rebosando todas estas composiciones de un gran empaque orquestal; época de la que todavía en el archivo capitular se muestran algunos deteriorados instrumentos usados en la misma, figles, contrabajos y fagotes.

(Hay que advertir que no queda ni una sola obra característica del s. XVIII, los villancicos polifónicos en lengua vulgar, que tuvieron que ser muchos los compuestos y cantados en la catedral de Tarazona, como lo fueron en todas las iglesias de España. El hecho de que entre las obras de José Ruiz Samaniego, maestro durante este siglo de la capilla de esta catedral, que se conservan en el archivo musical de las catedrales zaragozanas, figuran varios de estos villancicos dedicados a san Atilano, parece indicar que los diferentes maestros que tuvo la catedral en este siglo se llevaron sus obras al marchar a ocupar otros magisterios).

La importancia de este archivo musical es internacionalmente notoria. Constantemente acuden al mismo investigadores de todo el mundo para ver in situ y trabajar las obras de la polifonía clásica. Y esta singular importancia obliga a lanzar un particular aviso sobre el deterioro paulatino que sufren estos valiosos códices polifónicos por razón del tiempo principalmente, y al que habría que poner remedio.

Importancia y urgencia que podrían llevar a estudiar, como fruto de estas jornadas, las vías posibles para un centro capaz de llevar a cabo la recuperación de todos estos valiosos códices con el tratamiento apropiado del papel y pergamino y de su maltratada encuadernación. Salvando cuanto hay que salvar en las comparaciones, me atrevería a afirmar que la importancia de salvar estos códices polifónicos, dentro del mundo concreto de la musicología, sería equiparable a la urgencia, dentro del mundo de la arquitectura histórica, de salvar asimismo la catedral turiasonense que guarda estos valiosos y famosos códices musicales.

Partiendo del útil catálogo que concretamente de estos fondos polifónicos hizo en su día don Justo Sevillano, maestro de capilla de la catedral de Tarazona, con la ayuda del organista de la misma, don Vicente González, la Sección de Música Antigua de la Institución Fernando el Católico lleva muy avanzada la catalogación del resto de los fondos, y espera poder ofrecer la edición del catálogo de todos ellos en un tiempo prudencial de dos años, por lo menos.

DOCUMENTACIÓN MUSICAL DE LA CATEDRAL

Además de los fondos musicales propiamente dichos, la catedral guarda en su archivo numerosos datos musicales documentales que pueden dar vida a ese singular acervo de composiciones musicales.

Partiendo asimismo de valiosas investigaciones iniciales llevadas a cabo por miembros de este Centro de Estudios Turiasonenses y tomando el relevo en los mismos, dicha Sección de Música Antigua lleva asimismo muy adelantada la recopilación de todos los acuerdos capitulares que aportan datos musicológicos, recogidos de los numerosos libros «de gestis» que guarda el archivo capitular. Además de los datos que se pueden recoger en otros libros de Administración y de Fábrica y de otras colecciones documentales del mismo archivo.

Es propósito de esta Sección el publicar esta documentación dentro de su colección DOCUMENTACIÓN MUSICOLÓGICA ARAGONESA, de la que ya ha publicado el primer volumen, con los acuerdos con referencias musicales de los Jurados de la Ciudad de Zaragoza en el siglo XV, y que espera poder presentar muy pronto el segundo volumen con los similares acuerdos del cabildo de la Colegial de Daroca. A continuación se procurará la edición del volumen dedicado a la documentación musicológica de Tarazona.

En los apéndices, junto con un avance bibliográfico, muy parcial, de los estudios publicados referentes al mundo musical de Tarazona en su historia, incluyo un esquema, siempre perfectible, de los lugares en los que es posible investigar para lograr los datos musicales documentales a los que me vengo refiriendo. Quiero advertir que, si bien no todos los apartados de investigación del esquema, alguno o algunos siempre se darán, sin duda, en cada uno de los lugares, por pequeños que sean, de la región o zona que ha motivado el presente seminario, y no sólo en las ciudades importantes de la misma. Será posible encontrar, principalmente, datos referentes a los músicos y sus actuaciones en los siglos XV, XVI y XVII; y de manera especial los referentes a la construcción, mantenimiento, reparación y ampliación de los órganos de sus iglesias y a los organistas que los tañeron. Datos sueltos, que conjuntados, pueden conformar una detallada y rica historia de la música en la región.

De la misma manera que el ilusionado trabajo inicial de investigación musicológica por parte de miembros de este Centro de Estudios Turiasonenses motivó el que la Sección de Música Antigua de la Institución Fernando el Católico tomara como cosa propia el colaborar con este Centro de Estudios en este tema musical, ahora sería el momento, creo, de aprovechar a los alumnos de música en número creciente cada día en Tarazona, para promover estos estudios de investigación musicológica histórica sobre los temas aquí presentados de la historia musical turiasonense.

Ilusión por lo propio, ciencia investigadora y capacidad de trabajo viene derrochando este Centro de Estudios Turiasonenses. Ciertamente el apoyo de todos no le faltará.

APÉNDICE I

Lugares de investigación

CATEDRAL

- Libros de acuerdos capitulares y similares.
- Libros de Primicias; de Caja y Nombre; y de Fábrica, etc.
- Pergaminos.
- Estudio de los fondos musicales del archivo, por las noticias que aportan.
- Crónicas, memorias, memoriales, etc.

PARROQUIAS

- «Quinque libris» sacramentales.
- Libros de administración de cada parroquia.
- Pergaminos.

ARCHIVO DIOCESANO

- Actos Comunes
- Visitas Pastorales.
- Secciones judiciales y notariales.
- Pergaminos.
- Etc.

ARQUEOLOGÍA

- Examen de su iconografía.

ARTES PLÁSTICAS

- Examen extenso de la iconografía.

AYUNTAMIENTO

- Libros históricos de los acuerdos de los Jurados.
- Libros de Mayordomía y de Administración.
- Libros de pregones.
- Pergaminos.
- Sección de notarios.

ARCHIVOS NOTARIALES

- Protocolos notariales.
- Bastardelos.

HEMEROTECAS

- Fundamental para el conocimiento de la historia de la música en las épocas más próximas a nosotros.

De todos es conocido que la investigación no acaba aquí. El investigador e historiador lee todo papel antiguo que cae en sus manos, porque el dato puede hallarse donde menos se espera.

Este amplio panorama de fuentes existe en Tarazona y parcialmente se da también en todos los lugares de esta región del Moncayo que nos ocupa. Amplio panorama trabajado por este Centro de Estudios Turiasonenses, como lo atestiguan los volúmenes TURIASO y sus otras publicaciones, y que constituyen asimismo y lógicamente el amplio campo de la investigación musicológica.

APÉNDICE II

Avance bibliográfico sobre Música en Tarazona

Capilla de música de la catedral

MÚSICA EN LA CATEDRAL

- ESCRIBANO SÁNCHEZ, J., «Sobre las fuentes de ingreso y situación económica de la Capilla de Música de la Catedral de Tarazona a principio del siglo XVIII», en GONZÁLEZ VALLE, J. V., et als.: *I Congreso Nacional de Musicología (Sociedad Española de Musicología)*. Institución Fernando el Católico (C. S. I. C.): Zaragoza, 1981, p. 229.
- PRECIADO, D.: «Mariano Cosuenda (1737-1801) organista de la catedral de Tarazona (Zaragoza)», en *Nassarre, Revista Aragonesa de Musicología*, I, 1 (1985), pp. 63-109.

ÓRGANOS DE LA CATEDRAL

ESCRIBANO SÁNCHEZ, J. C.: «Los órganos de la Catedral de Tarazona (1490-1790). Fuentes documentales», en *Nassarre, Revista Aragonesa de Musicología*, II, 2 (1986), 211-276. El autor menciona las referencias que hace a los órganos, por razón no estrictamente musical, SANZ ARTIBUCILLA, J. M.^º: *Historia de la fidelísima y vendedora ciudad de Tarazona*. Imprenta de Estanislao Mestre II, 1930, p. 89.

ORGANEROS

- ESCRIBANO SÁNCHEZ, J. C.: *Los órganos de la catedral...* Vide supra.
- AGUERRI, A., «Guillaume de Lupe, organero (S. XVI). Vida y obra». En *Nassarre, Revista Aragonesa de Musicología*, V, 2 (1989), pp. 9-39.
- SAGASETA ARIZTEGUI, A., y LABEAGA MENDIOLA, J. C.: «La obra del organero Guillaume de Lupe de Navarra. Hipótesis y realidad», en *Nassarre, Revista Española de Musicología*, II, 1 (1986), pp. 95-113.

Por su referencia a organeros que intervinieron en los órganos de la catedral, pero de manera especial a los constructores del órgano de Magallón (Ver, ESCRIBANO SÁNCHEZ, J. C.: «El Órgano de la Iglesia Parroquial de San Lorenzo de Magallón», en *Cuadernos del Centro de Estudios Borjanos*, IV, p. 61).

- ESCRIBANO SÁNCHEZ, J. C. y FRANCO AGUSTO, J. M.: «Sobre la presencia de algunos organeros navarros en Aragón en el siglo XVIII», en *Turiaso*, Revista del Centro de Estudios Turiasonenses, IV, Tarazona, 1982, pp. 237-254.

ARCHIVO MUSICAL DE LA CATEDRAL

- SEVILLANO, J.: CATÁLOGO MUSICAL DEL ARCHIVO CAPITULAR DE TARAZONA, en *Anuario Musical* del Instituto Español de Musicología (C. S. I. C.), Vol. XI. Repro-
ducido, con algunas correcciones, en
- RUIZ IZQUIERDO, J. (Manuscritos) y MOSQUERA, J. A. (incunables) y SEVILLANO
RUIZ, J., (música), *Biblioteca de la Iglesia Catedral de Tarazona. Catálogo de libros,
manuscritos, incunables y de música*. Institución Fernando el Católico: Zaragoza,
1984; música, pp. 109-134.

ARTÍCULOS DE DIVULGACIÓN

- PÉREZ UTURBIA, T.: *Musicología Turiasonense*. «HERALDO DE ARAGÓN»,
(15/IX/1983).
- AZAGRA MURILLO, V.: *De la música en unas bodas reales*. «HERALDO DE
ARAGÓN» (19/X/1980).
Un turiasonense, maestro de capilla de la catedral de Huesca en el siglo XV. «Heral-
do de Aragón» (17/V/1987). (Hay un error en la fecha, se trata del s. XVI).
- Otros artículos de divulgación, uno sobre Guillaume de Lupe, sin poder determinar
títulos y fechas.
- GASTÓN, E.: *Tomás Genovés: Noticias sobre un compositor romántico zaragozano*.
«Heraldo de Aragón» (30/X/1983).
— *Una jota aragonesa pudo inspirar el himno de la Unión norteamericana*. «Heraldo
de Aragón» (27/VIII/1985).
- BASAS, M.: *El célebre «Stabat Mater» del maestro Ledesma*, (4/IV/1982);
El compositor Ledesma se jubiló a los 90 años (fecha desconocida).
Hoy primer centenario de la muerte del músico Nicolás Ledesma (4/I/1983).
Homenaje en la muerte del maestro Ledesma (9/I/1983).
Recopilación de las obras del maestro Ledesma (16/I/1983), todos en «EL CORREO
ESPAÑOL / EL PUEBLO VASCO».

APÉNDICE III

Avance bibliográfico sobre música en Borja

por

EMILIO JIMÉNEZ AZNAR

- B. R.: *La música y la primavera*. Lauro núm. 32, pp. 3 y 4. Borja, julio 1950.
- BERRE.: *Nuestros músicos: D. Manuel Pereda*. Ecos del Moncayo, núm. 34. p. 2, Borja
septiembre 1950.
- BERRE.: *Nuestros músicos: Ángel Chueca Aznar*. Ecos del Moncayo, núm. 249, 3 mayo
1924.

- BERRE: *Nuestros músicos: Antonio Pasamar*. Ecos del Moncayo, núm. 249. Borja, 3 mayo 1924.
- BERRE: *Nuestros músicos: Justo Blanco Compans*. Ecos del Moncayo. núm. 249. Borja, 3 mayo 1924.
- CALAHORRA MARTÍNEZ, P.: *Un siglo de vida y trabajo de los organeros zaragozanos Sesma (1617-1721)*. Anuario Musical, vol. XXXVIII-1983. C. S. I. C.
- DOMÍNGUEZ PABLO, F.: *Romería al Santuario*. Lauro, núm. 26, p. 3. Borja enero 1950.
- DOMÍNGUEZ PABLO, F.: *Atención a la Rondalla*. Lauro, núm. 39, p. 3.
- DOMÍNGUEZ PABLO, F.: *Galería de Borjanos: D. Valentín Ruiz Aznar*. Lauro, núm. 69.
- ESCRIBANO SÁNCHEZ, J. C.: *Los órganos de la Catedral de Tarazona. (1490-1790)*. Nassarre II, 2, Zaragoza, 1986, Institución Fernando el Católico.
- GALÁN BERGUA, D.: El libro de la jota aragonesa, p. 628. Zaragoza, 1986. La jota en Borja.
- GARCÍA, J. A.: *Valentín Ruiz Aznar. (1902-1972). Semblanza biográfica, estudio estético y Catálogo Cronológico*. Granada, 1982.
- GARCÍA, R.: *Datos Cronológicos de la Ciudad de Borja*. Zaragoza, 1902.
- GRACIA RIVAS, M.: *El entierro de Cristo y la Semana Santa Borjana*. Cesbor. Borja, 1977.
- GRACIA RIVAS, M.: Así fue el primer centenario, en 1889. Borja, 1988. Cesbor.
- GUIPART APARICIO, C.: *La Excolegiata de Santa María de Borja*, Cesbor. Borja, 1970.
- JIMÉNEZ AZNAR, E.: *Los Cursos y Jornadas Coralistas aragonesas*. Nassarre II-2—1986. I. F. el C.
- JIMÉNEZ AZNAR, E.: *Borja. Música*. Enciclopedia aragonesa UNALI. Tomo II, pp. 486-487.
- JIMÉNEZ AZNAR, E.: *Nicolás Ledesma, Maestro de Capilla en Borja*. Revista. San Juan de Dios. Barcelona, 1985.
- JIMÉNEZ AZNAR, E.: *Obras de los Maestros de la Capilla de música de la Colegial de Borja (Zaragoza) en los siglos XVII-XIX*. Polifonía Aragonesa. V. I. F. el C. Zaragoza, 1988.
- JIMÉNEZ AZNAR, E.: *Organería en Borja. I. El Órgano de la Iglesia Colegial (1506-1574)* Nassarre III, 2 Zaragoza, 1987.
- MARTÍN MARTÍNEZ, J.: El Santo Entierro en Borja. Lauro núm. 29. Borja, abril 1950.
- MARTÍN MARTÍNEZ, J.: «*El Barón de Jausarás*». *El Cantor de la Colegiata*. Lauro. núm. 17, p. 3, Borja abril 1949.
- MARTÍN MARTÍNEZ, J.: *La morisca cautiva*, Lauro, núm. 26, p. 2, Borja, enero 1950.
- MINGOTE, Á.: *Cancionero Musical de la Provincia de Zaragoza*. I. F. el C. Zaragoza, 1967.
- N. M. Ángel Pereda Matud. Lauro, núms. 40-41, pp. 2, 3 y 4. Borja, marzo 1951.

- OLIVAN BAYLE, F.: *Bonanat y Nicolás Zahortiga y la pintura del siglo XV*. Estudio Histórico-Documental. Comisión de Cultura del Excmo. Ayuntamiento de Zaragoza, 1978. Iconografía músicos.
- PACO. Estreno de «La Morena». Lauro, núm. 80, p. 4, julio 1954.
- PARDOS BAULUZ, E.: *El Santuario de Misericordia y Hospital Sancti Spiritus de Borja*. Soria, 1978.
- SERRANO PÉREZ, J.: *El Entierro de Cristo*. Lauro, núm. 88, pp. 2 y 3. Borja marzo 1955.
- SERRANO PÉREZ, J.: Maceros, Clarines y Tumbales. Lauro, núm. 90, pp. 2 y 3. Borja, mayo 1955.
- SERRANO PÉREZ, J.: *Los Danzantes de S. Bartolomé*. Lauro, núm. 90. pp. 2, 3 y 4. Borja, octubre 1955.
- SERRANO PÉREZ, J.: *La Banda de Música*. Lauro, núm. 102, pp. 3 y 4. Borja agosto 1956.
- ZAPATER, A.: *Enciclopedia de la Jota Aragonesa*. Zaragoza, 1988. Tradiciones joterías de la localidad.

TRABAJOS PARA PROGRAMAS DE FIESTAS EN BORJA

- BOROBIA PAÑOS, R.: *Nuestros músicos. D. Valentín Ruiz Aznar*. 1978.
- BOROBIA PAÑOS, R.: *Recordando a D. Valentín*. 1977.
- BOROBIA PAÑOS, R.: *La música y los músicos. Cómo se les retribuía*. 1976.
- BOROBIA PAÑOS, R.: *La banda de música funciona*. 1982.
- BOROBIA PAÑOS, R.: *La música en la romería de 1900*. Septiembre 1975.
- BOROBIA PAÑOS, R.: *Nuestros músicos. Antonio Ibáñez Telinga, Maestro de Capilla del Pilar de Zaragoza*. 1974.
- BOROBIA PAÑOS, R.: *El culto a la Virgen de la Peana y su música*. 1972.
- BOROBIA PAÑOS, R.: *Los infanticos de Santa María*. 1969.
- BOROBIA PAÑOS, R.: *Borja Musical*. 1955.
- DOMÍNGUEZ PABLO, F.: *Poetas y copleros borjanos*. 1969.
- JESA, J.: *Nuestros músicos. D. Manuel Pereda*. 1984.
- JIMÉNEZ AZNAR, E.: *Borja sigue cantando*. 1981.
- JIMÉNEZ AZNAR, E.: *La Casa de comedias, conversación y sala de trucos en Borja*. 1984.
- JIMÉNEZ AZNAR, E.: *La Coral Vientos del Pueblo*. 1975. 1980.
- JIMÉNEZ AZNAR, E.: *Vientos del Pueblo. Premio Santa Isabel 1974*. — septiembre 1975.
- JIMÉNEZ AZNAR, E.: *Semana Santa. La música en la Semana Santa de Borja*. Borja, 1984.
- JIMÉNEZ AZNAR, E.: *La obra musical de un borjano. Antonio Pasamar*. 1981.

CUADERNOS DEL CENTRO DE ESTUDIOS BORJANOS

- ESCRIBANO SÁNCHEZ, J. C.: *El Órgano de la Iglesia Parroquial de San Lorenzo de Magallón*. C. IV, p. 61.

GRACIA RIVAS, M.: *La epidemia del cólera de 1885 en la Ciudad de Borja. Cantares*. C. VI p. 194.

GRACIA RIVAS, M.: *La Banda Municipal de Música de Borja en el siglo XIX*. C. IX-X, p. 95.

PÉREZ VIÑUALES, P.: *Música en Borja*. C. IX-X, p. 177.

VILLABONA MODREGO, M.: *El dance en la Villa de Ainzón*. C. XVII-XVIII, p. 249.

PENDIENTE DE PUBLICAR

JIMÉNEZ AZNAR, E.:

1. Organería en Borja II. El Órgano de la Iglesia Colegial (1574-1712).

2. Organería en Borja III. El Órgano de la Iglesia Colegial (1712-1985).

3. Organería en Borja IV. El Órgano de la Iglesia de la Concepción en Borja.

De la Música sin compasear, o de fascitol, llamada de atril. Pedro Aragón Espín. Documentos Nassarre.

Maestros de Capilla de la Iglesia Colegial de Borja.

Documentación Musicológica:

1. Actos del Cabildo de la Colegial de Borja.

Acuerdos.

Cuentas de la Primicia.

Otros libros.

2. Actos de los Notarios de Caja y Número de Borja y su distrito.

Catálogo Musical del Archivo Musical de la Colegial de Borja.

Catálogo Musical del Archivo del Convento de la Concepción de Borja.

Catálogo Musical de la Parroquia de San Lorenzo de Magallón.

Catálogo Musical de la Familia Gómez.

Catálogo Musical de la Agrupación Musical Borjana.

Catálogo Musical de varias familias borjanas.

ÍNDICE

VOLUMEN I

HISTORIA ANTIGUA Y ARQUEOLOGÍA	5
<i>Cuestiones de Historia Antigua y toponimia turiasonense: la batalla del Moncayo (179 a. C).</i>	
Por Luciano PÉREZ VILATELA	7
<i>Avance sobre una nueva inscripción romana procedente de Tarazona (Zaragoza).</i>	
Por Francisco BELTRÁN LLORIS y José Ángel GARCÍA SERRANO	21
<i>El comercio cerámico de época romana en la zona de Aragón. Nuevas aportaciones.</i>	
Por David PRADALES CIPRÉS	27
<i>La expansión monetaria de la ceca de Turiaso en la meseta Norte.</i>	
Por Luis SAGREDO SAN EUSTAQUIO	49
<i>Relaciones entre la comarca del Moncayo y Cantabria en la época romana: aspectos numismáticos.</i>	
Por José Raúl VEGA DE LA TORRE	73
<i>Excavación en el patio suroeste del castillo de Grisel (Zaragoza).</i>	
Por Alejandra GUTIÉRREZ y Christopher GERRARD	81
HISTORIA MEDIEVAL	127
<i>La Edad Media en las comarcas aragonesas del Moncayo.</i>	
Por José Luis CORRAL LAFUENTE	129
<i>Las relaciones del Monasterio de Veruela y Bulbuenta: el cumplimiento de la carta de población de Villamayor.</i>	
Por María Gloria DÍAZ BARÓN	163
<i>Los contratos agrarios en Ágreda en tiempos de Alfonso XI.</i>	
Por Agustín RUBIO SEMPER	181
<i>Convulsiones finiseculares y conflictividad social: la aljama judía de Tarazona y los pogroms de 1391.</i>	
Por Miguel Ángel MOTIS DOLADER	191

<i>La trashumancia entre el valle medio del Ebro y el Moncayo a fines del s. XV.</i> Por José Antonio FERNÁNDEZ OTAL	225
<i>Un documento aljamiado del Archivo Histórico de Protocolos de Tarazona.</i> Por Carmelo LASA GRACIA	241
HISTORIA MODERNA Y CONTEMPORÁNEA	249
<i>La investigación histórica en Tarazona: siglos XVI-XX.</i> Por José VALLEJO ZAMORA	251
<i>Aproximación a la demografía histórica de la villa de Los Fayos, 1564-1820.</i> Por Ángel Vicente CACHO NAVARRO	281
<i>Historiografía sobre Tarazona: siglos XVII-XX.</i> Por José María SÁNCHEZ MOLLEDO	299
<i>Aportación económica del Moncayo a la comarca de Tarazona según un documento original del siglo XVIII.</i> Por María Carmen ANSÓN CALVO y Silvia GÓMEZ ANSÓN	341
<i>Tránsito social y político de Tarazona durante la II República.</i> Por Francisco Javier RUIZ MARTÍNEZ	355
<i>Tarazona, cuna de eminentes figuras de nuestra escena (Paco Martínez Soria, algo más que un actor).</i> Por Alfonso ASENSIO BECERRIL	367

VOLUMEN II

HISTORIA DEL ARTE	385
<i>Las artes plásticas del Primer Renacimiento en Tarazona (Zaragoza). El tránsito del moderno al romano.</i> Por Jesús CRIADO MAINAR	387
<i>El legado artístico de Pedro y Fernando Pérez Calvillo a la sede episcopal de Tarazona (Zaragoza).</i> Por María Teresa AINAGA ANDRÉS	453
<i>El retablo mayor del Monasterio de Veruela. Noticias sobre su erección y desaparición.</i> Por Jesús CRIADO MAINAR	505
<i>El escultor Juan Adán, un turiasonense en el olvido.</i> Por Dimas VAQUERO PELÁEZ	547

ETNOLOGÍA Y ANTROPOLOGÍA CULTURAL	563
<i>Etnología y antropología cultural en la comarca del Moncayo.</i>	
Por Antonio BELTRÁN MARTÍNEZ	565
<i>Estado actual del trabajo etnológico en Aragón. Alternativa comarcal.</i>	
Por Lucia PÉREZ GARCÍA-OLIVER	601
<i>Arquitectura popular: visión antropológica de la vivienda tradicional en el Moncayo soriano.</i>	
Por Samuel ALONSO OMEÑACA	617
<i>Estudio de la consanguinidad en el Somontano del Moncayo.</i>	
Por Pilar CONGET DONLO y Jordi MORRAL PENELLA	635
LINGÜÍSTICA	647
<i>Hacia una caracterización lingüística del área del Moncayo.</i>	
Por José María ENGUITA UTRILLA	649
<i>Estudio lingüístico de algunos documentos medievales de la comarca Moncayo-Campo de Borja.</i>	
Por José LAGUNA CAMPOS	681
<i>En torno a la lengua de un documento turiasonense de fines del siglo XV.</i>	
Por María Rosa FORT CAÑELLAS	697
<i>Rasgos fonéticos populares en la prensa escrita de Borja.</i>	
Por María Pilar BENÍTEZ MARCO	715
<i>Peculiaridades lingüísticas de Tarazona en relación con otras poblaciones próximas.</i>	
Por Rosa María CASTAÑER MARTÍN	727
LITERATURA	743
<i>El Moncayo en la literatura: un espacio para el mito y el ensueño.</i>	
Por Jesús RUBIO JIMÉNEZ	745
MUSICOLOGÍA	779
<i>La investigación documental sobre el hecho musical en el área del Moncayo.</i>	
Por Pedro CALAHORRA MARTÍNEZ	781

**EL MONCAYO EN LA LITERATURA:
UN ESPACIO PARA EL MITO Y EL ENSUEÑO**

JESÚS RUBIO JIMÉNEZ*

* *Universidad de Zaragoza*

EL MONCAYO EN LA LITERATURA: UN ESPACIO PARA EL MITO Y EL ENSUEÑO

JESÚS RUBIO JIMÉNEZ

Aquí en Tarazona, apenas a unos kilómetros del Moncayo, que ofrece a la vista su ingente mole, siempre distinta según la hora o la estación, es difícil sustraerse a su evocación lírica. Y lo es mucho más para quienes —como es mi caso— desde la infancia y durante años lo hemos visto cada mañana al otro lado de los cristales, impasible, grandioso, cercano y lejano a la vez: un lugar propicio para las ensoñaciones, un activador único de la imaginación.

Pero, obviamente, no he venido para hablarles de mis ensueños contemplando el monte sagrado de mi infancia y de mi mitología personal y familiar, sino de Moncayo en la literatura o si se prefiere, de la literatura en torno a Moncayo. Es lo que voy a hacer, tras formular algunas preguntas generales y alguna reflexión metodológica acerca de cómo ha sido concebida y elaborada esta conferencia que, finalmente, he decidido subtítular: «un espacio para el mito y el ensueño».

Básicamente, se trata de algunas dudas acerca del propio concepto de *literatura* y las vacilaciones que plantea su virtual estudio, haciéndolo girar en torno a un topónimo como en este caso.

¿Se trata de inventariar textos donde aparece este topónimo? ¿Se trata de estudiar los escritores originarios de la zona y cómo ha podido influir en su producción? ¿Deben incluirse los que han vivido un tiempo en ella? ¿Y la lite-

ratura popular tradicional?¹ Y ciertas crónicas, relaciones e incluso estudios históricos ¿deben ser considerados *literatura* hoy que tan en boga se halla la idea de que todo estudio histórico es, en definitiva, un *relato* en el que tiene una importancia decisiva la posición adoptada por su autor? ¿Y las leyendas en torno a rocas, fuentes, ermitas y otros lugares que engloba El Moncayo?

Debo decir que entre mis lecturas recientes más apasionantes —por no alejarme del tema propuesto— figuran la historia del *Monasterio de Tulebras*, de García M. Colombas (Pamplona, 1987) con su monumental aparato crítico; el manuscrito titulado *Libro de los hechos y cosas del Monasterio de Veruela desde el año de 1148 que se fundó el monasterio hasta el año 1623*.² O en el mismo volumen el *Traslado de un libro de memorias que el Excmo. Sr. Don Hernando de Aragón, nieto del Rey Catholico primero Abbad de Beruela y después Arçobispo de Caragoça por su propia mano escrivio de cosas que sucedieron a su tiempo*...

Y viniéndonos a fechas recientes (s. XIX) informes secretos sobre cómo los frailes se iban tras ciertas *mujercillas* por los huertos de Vera en sus paseos o el conflicto surgido cuando algunos frailes tradicionalistas pisaron y vejaron un retrato de la Reina Isabel.

Documentos históricos, sin duda. Pero escritos por unos determinados sujetos y con unas precisas intenciones, que introducen una selección de datos

1. Alguien tan estimado en sus opiniones como A. Machado parece que dijo de los sorianos que éramos «atónitos palurdos, sin danzas ni canciones». Pues bien, Kurt Schindler entre 1928-1931 recogió ya 362 canciones y danzas, bellas y arcaicas en su letra y en su música. Aunque aquí no voy a hablar de esta ¿literatura? conviene indicar que no se debe perder de vista. A título de ejemplo, recordaré que sus encuestas por Olvega le permitieron recoger el «Romance de las tres cautivas» o diversas jotas; o auroras en Vozmediano, esa misteriosa población de tan frontera sin identidad. Las jotas sobre todo descubren que cierta sorna no nos falta, sorna que nace de las sugerencias de ciertas oscuridades de las letras:

Llevas medias azules
con las babuchas.
Un poco más arriba
caldo de truchas.

(Jota de esquiladores)

A la Bartola
cuando está sola.
Que bien le cuelga
la farandola.

A la buena chica
la corre un toro.
Le ha metido el asta
por el chirimbolo.

Véase, SCHINDLER, K.: *Music and poetry of Spain and Portugal* (N. York, 1941). O el reciente estudio de DÍAZ VIANA, Luis: *Romancer tradicional soriano* (Soria, Diputación Provincial, 1983).

2. Forma parte con el siguiente y otros de un legajo actualmente en mi propiedad.

y una visión orientada de los hechos. Es decir, en último término *relatos*. No es que trate de propugnar una consideración de cualquier documento como literatura, pero sí sugerir con qué precaución debe ser considerado incluso el documento que presenta una apariencia de mayor rigor y que, en definitiva, cualquier documento se elabora de acuerdo con una retórica, que conviene conocer.

El concepto de literatura es lábil y lo hace mucho más todavía su aplicación al estudio de temas como éste. No es una cuestión simplemente nominalista, sino que se comprueba con facilidad cómo los propios términos contienen con frecuencia un gran poder activador de la imaginación, sobre todo cuando los términos designan objetos —un monte sagrado y tutelar en nuestro caso— que tienen gran importancia para los individuos y la comunidad a la que pertenecen.

A los eruditos les interesa el origen único de tal nombre, a mí —desde una actitud fenomenológica al modo de Gastón Bachelard, que es la que pretendo aquí— todos los posibles, ya que todos manifiestan de alguna manera la actividad de la imaginación. A fin de cuentas, un buen etimologista en realidad no es sino un fino narrador y en ocasiones hasta un poeta.

Las leyendas tejidas en torno al nombre de Moncayo son el mejor caso que se puede traer ahora a colación.³ Tomo al azar un texto de un *historiador*, José Tudela:

En otro lugar hemos dicho que el Moncayo se llama así no por venir de Monte de Cayo, de Cayo Graco, cónsul romano pacificador de la Hispania citerior... ni de Mons Cannus, por su blanca caperuza invernal...; su nombre debe ser de origen ibérico, pues es aplicado, como topónimo, a montes cónicos y romos, como el *Cayo* de Oncala, no lejos de Moncayo, en tierra de Soria.⁴

Ya tenemos tres posibles relatos, a los que cualquiera de nosotros puede añadir al menos un cuarto con todo lo relacionado con la leyenda de Caco. Para los fines pretendidos aquí, lo importante no es tanto el origen exacto del nombre, sino cómo se convierte en activador de la imaginación, dando origen a poemas, relatos, esculturas y otras manifestaciones que podemos situar dentro del terreno del arte, productos de esa facultad maravillosa que el hombre posee y que se llama imaginación, con sus ambigüedades, sus medias luces, sus sugerencias.

Sin esa ambigüedad no tendríamos, sin duda, series legendarias como la de Caco y Hércules, que sintetizan Domínguez Lasierra o Beltrán, lo que me

3. La abundante literatura producida sobre el tema se puede ver sintetizada en DOMÍNGUEZ LA SIERRA, J.: *Aragón legendario*, I y II, Zaragoza, Librería General 1984 y 1986.

O dentro de estas jornadas en la ponencia de Antonio Beltrán sobre «Etnología y antropología cultural de la comarca del Moncayo».

4. TUDELA, J.: «El marqués de Santillana por tierras de Soria», *Celtiberia*, 27, 57-77. Texto, p. 74.

exime de entrar en detalles como no sea para añadir alguna versión más, como la titulada «La cueva de Veratón», que recoge Zamora Lucas en sus *Leyendas de Soria*.⁵ O la de «Agripina y Hércules», que figura entre las leyendas agredanas y que rescata el mismo autor de Pedro Gratia Dei, quien hace derivar el nombre de Ágreda de Agripina, hercúlea dama a quien Hércules —valga la redundancia— amó mucho y en cuyo honor habría fundado la ciudad tras haber dado una inolvidable lección a Caco.⁶

Las *etimologías fantásticas* de topónimos generan relatos; más aún, generan nuevas etimologías fantásticas y, en consecuencia, nuevos relatos, que combinan nombres y lugares, barajándolos. De tal modo que es normal que la cueva de Caco esté en Los Fayos y/o en La Cueva de Ágreda. En la lógica de la imaginación esto no es descabellado y quien adopta una actitud fenomenológica debe ante todo recoger el máximo número posible de versiones, cuyo sentido se deberá intentar descubrir después. No se ha realizado hasta donde sé nada de esto con relación al Moncayo y sería muy deseable y yendo hasta el final de las series.

Como es sabido, no han faltado incluso quienes han propugnado estudios basados en la analogía o en la intuición. De lo más sugestivo que conozco con relación a nuestro tema es un relato teosófico de Mario Roso de Luna, incluido en su libro *Del árbol de las Hespérides: «La demanda del santo Grial»*.⁷

Han oído bien. También el fabuloso tema del Grial tiene que ver con estas tierras míticas y mágicas. El cuento creo que es poco conocido. Narra los trabajos del ocultista Ginés de Lara por la cordillera Ibérica hasta su supuesta desaparición, que se produce en la sierra de la Demanda. Moncayo aparece tangencialmente, pero se apuntan algunos de sus temas legendarios más habituales como la referencia a los 24 reyes ibero-atlantes de los cronicones que son, en opinión de Roso de Luna, *el alma* de la toponimia de España: Tu-baal, Laabin, Ibero, Brigo, Tago, los Geriones, Hispalo, Hispano Héspero, Hércules o Midácrito, Atlante, Jubalda, Beto, Sicoro, Sicano, Sicelo, Luso, Sículo, Testa, Romo, Palatino, Caco, Erithreo y Górgolis... que estarían en el origen de las leyendas citadas.

O el atractivo tema consistente en fijar el origen y emplazamiento de ciudades, villas, pueblos y ríos actuales a partir de las raíces *Ar* y *Ur*, que significan corrientes de agua subterráneas y en las que entran en juego gran número de los topónimos de esta zona como puede verse en el cuadro siguiente (p. 198):

5. ZAMORA LUCAS, F.: *Leyendas de Soria*, Madrid, CSIC, 1971.

6. El texto de esta leyenda en *Leyendas de Soria*, *op. cit.*

7. ROSO DE LUNA, Mario: *Del árbol de las Hespérides, cuentos teosóficos españoles*, Barcelona, Edicomunicación, 1988, pp. 153-241. Primera edición en 1923.

No estoy hablando de historia, sino de mito y ensueño y más adelante volveré sobre las sugerencias de estas etimologías con referencia a leyendas de ríos ocultos y ciudades desaparecidas.

Todo ello viene a cuento de que creo que es necesario plantear la relación Moncayo-literatura en términos más amplios metodológicamente que los que se han seguido hasta ahora, muy dependientes de *literatura = bellas letras*.

A este restrictivo concepto se han superpuesto otros: ha predominado la acumulación cuantitativa, como ocurre en la reciente antología de Calvo Carilla, que edita los textos con poco cuidado.⁸ Una línea interpretativa se insinúa en el ensayo de J. C. Mainer, quien no obstante reduce sus averiguaciones a textos canónicamente considerados literarios.⁹ Y esto por no citar sino dos ensayos recientes que engrosan una ya larga lista de ensayos similares que presentan con frecuencia otra peculiaridad: los realizados por autores de la vertiente aragonesa olvidan o atenúan los testimonios de la vertiente castellana y viceversa, aunque haciendo inevitables fintas cuando el testimonio que se quiere aducir es notable, pero proviene de la otra vertiente. Caso típico es el de Antonio Machado al que se apuntan todos, espigando aquí y allá los versos apropiados.

A veces, han podido pesar condicionantes ideológicos como los hubo en otro tiempo en los propios creadores. Así, se citan las *serranillas* del marqués de Santillana, pero mucho menos su «Decir contra aragoneses y navarros», que a modo de desafío debió enviar a sus enemigos. Comienza con uno de los refranes luego incluido en su colección:

Uno piensa 'l vayo
e otro el que l'onsilla
non será gran maravilla
pues tan cerca viene mayo
que se vistan negro sayo
navarros y aragoneses
en las faldas del Moncayo.

Supone José Tudela que debió escribirse a finales del invierno de 1430. Hacia noviembre se produjo la entrada efectiva por tierras de Ágreda de los navarros, enfrentándose en el valle de Araviana con tropas de don Iñigo.¹⁰

Por los aragoneses respondió Juan de Dueñas con versos no menos agresivos:

8. ANDRÉS, R. M.^a y CALVO, J. L.: *El libro del Moncayo*, Borja, 1985.

9. MAINER, J. C.: «La literatura», en *El Moncayo*, Zaragoza, CAI, 1988.

10. Tomo los datos y textos de TUDELA, J., *art. cit.*

Aunque visto mal argayo
ríome desta fablilla
porque algunos de Castilla
chillan más que papagayos.
Ya vinieron al ensayo
en aquellos montanyeses;
preguntando a cordoveses
cómo muerden en su sayo.

Lo malo sería que disputas inútiles o mutua ignorancia impidieran hacer de una vez por todas el estudio completo del Moncayo, teniendo en cuenta todas sus vertientes y, en lo que a la literatura se refiere, con criterios más amplios que los utilizados hasta ahora. De otro modo puede ocurrirnos como al pastorcillo de «La leyenda de la colodra, en Añavieja», que muestra bien que se quiera o no, por la superficie y por las profundidades no hay uno y otros lados. En tiempos de la mozarabía moncaina, dos pastorcillos vivieron una no por platónica menos cálida historia de amor en la laguna de Añavieja hoy desecada. Como muestra de su afecto, el zagal le regaló a la muchacha una colodra o vaso hecho con un cuerno de vaca, que había tallado paciente a punta de navaja. Pasado el tiempo, estando el muchacho al servicio de un mozárabe en Tarazona, mientras regaba, advirtió con asombro que flotando en el agua venía la colodra de su amada. «La explicación no podía ser otra —según la versión que cito— que la comunicación subterránea desde la laguna de Añavieja, por debajo del Moncayo, a salir en la ciudad de Tarazona. Alarmados los de Tarazona por esta noticia apresaron al muchacho, sometiéndole a tormento, pero el *walí* de la ciudad, al no conseguir declaración razonable del vaquerillo dispuso su muerte en la horca».¹¹

El asunto de los derechos sobre el agua parece que ya calentaba los ánimos más de la cuenta. Entre mis recuerdos de infancia figuran otras versiones de la leyenda. Prosaicas tal vez para ustedes que no para mí. En más de una ocasión se me explicó que un yerbazal que había junto a unas tierras familiares no se cultivaba porque era territorio del río de San Juan, que discurría subterráneo y que de vez en cuando afloraba inundando toda la vega. Más de una vez me acerqué cauto, pero ni una gota de agua. Pero el río pasar pasaba, que luego me lo enseñaron en Tarazona siendo yo apenas un rapacín. Fue la primera vez que vine aquí, por San Agustín. La primera vez, por cierto, que vi en las ferias un teatrillo mecánico, y no se me olvida un negrito que tocaba el saxofón y se movía como si tuviera el baile de San Vito.

Esta versión desmiente al informante que supone que el río de San Juan pasa por debajo de Moncayo, ya que éste se encuentra en el aliviadero natural de la laguna de Añavieja hacia Navarra.

Otra versión familiar más antigua —la contaba mi bisabuelo— alude a otro lugar como punto donde este misterioso río de cuando en cuando se deja-

11. El texto en *Leyendas de Soria*, ob. cit., pp. 348-349.

ba ver. Concretamente en el paraje llamado corral de Tarín, en el límite de los dos reinos y en la misma vega. También en ella un pastor perdió su colodra que después, con asombro, recuperó en el nacimiento del río de San Juan, en Tarazona. Tampoco tuvo suerte y sus amos le hicieron morir mediante una «sangría dulce».

Es inquietante este río y su nombre: río de San Juan, que junto con otros ríos misteriosos nos conducen en las tradiciones populares a los templarios. No debe confundirse con el río Araviana sobre el que no faltan leyendas que indican que su curso no va desde el Moncayo a la depresión cercana, sino al revés. Un misterioso río subterráneo que vendría de tierras de Gómara y del propio Duero, originando luego en la vertiente aragonesa ríos como el Queiles.

Pero no les voy a dar más datos que andamos en pleitos sobre la propiedad de ciertas aguas con Añavieja y si les llegan estas nuevas a sus abogados cualquiera sabe qué pueden reivindicar. Mejor que queden esos ríos apenas dibujados en la *geografía mágica* del Moncayo tan mal conocida todavía.

Para fijarla hay que partir siempre de la evidencia de que Moncayo es siempre un centro imantador. Como pocos montes se ofrece a la vista pleno y rotundo, dominando por completo las comarcas que lo rodean. De tal manera que los ojos se dirigen necesariamente a él y la significación simbólica que siempre han tenido las grandes montañas se objetiva en él sin atenuante ninguno. Los testimonios literarios de esta presencia imponente serían inabarcables y siempre yendo más allá del mero telón de fondo. Se pueden espigar desde Valerio Marcial que, ya en el siglo primero, lo cita en el epigrama XLIX de su libro primero a la copla popular que tomo de Calvo Carilla:

El Moncayo es aquel pico
que desde lejos ves fijo,
que se mete por tu adentro
y se te llega hasta el centro. (p. 16)

En cada momento de la historia esta capacidad sugeridora se ha concretado de diversas maneras. Primero en estas series de leyendas tan mal exploradas todavía, luego generando diversos textos pertenecientes a géneros diversos. El proceso de estos últimos apunta hacia una progresiva captación de su singularidad y de su percepción directa, dejando cada vez más a un lado modelos literarios. Es decir, en lugar de ver proyectadas y objetivadas sugerencias provenientes de ciertas lecturas y tradiciones, se ha ido produciendo un acercamiento directo a la montaña y un abandonarse a las ensoñaciones que provoca. Y es que —como recuerda Mainer— la montaña como tal ha tardado en tener lugar en la literatura occidental.

No es extraño por ello que un poema como el *Cantar de Mio Cid* a pesar de la cercana geografía en que transcurre, lo ignore, ya que la manera de focalizar

las acciones de la épica poco tiene que ver con lo que aquí nos interesa. O incluso el *Poema de los siete Infantes de Lara*, cuya trágica culminación nos lleva justamente a las faldas de Moncayo y que, sin embargo, termina por ignorarlo.

Como es sabido, el contenido del poema se basa en hechos ocurridos en el siglo X y probablemente el poema se creó en el siglo XII, no siendo publicado hasta el siglo XVI (Sevilla 1509; Toledo 1511), cuando la poesía épica castellana había perdido su funcionalidad histórico-social y era ya objeto de búsqueda erudita a la que acompañaba una explotación de sus temas por diversas artes pero con otros fines.¹² Así en 1612 se publicó en Amberes una *Historia gráfica de los siete Infantes de Lara*, que consta de 40 láminas, dibujadas por Antonio Tempesta y grabado por Otto Veniol.¹³ Y generó diversas piezas teatrales entre las que figura *El traidor contra su sangre*, de Matos Fragoso, que Menéndez Pidal documenta que se llegó a representar en Ágreda, Noviercas y Valdegeña, donde encontró una copia manuscrita en 1886. Para aquellas gentes debía ser tan sugestiva la tragedia, que conocían, como la mención que se hace de diversos topónimos sorianos, que les resultaban familiares. Y prueba de ello es que llegó a producir pliegos de cordel, degeneración última del ciclo de romances, que recopiló don Ramón.

Como tantas veces, es curioso comprobar cómo se van adhiriendo al tema originario otros. De modo que, al comparar versiones más originarias con tradiciones locales, se observan grandes diferencias. Así, una tradición local traza una ruta completa del viaje de los infantes.¹⁴ Habrían pasado por Sierra Pica, Esteras, El Almuerzo (en cuyo punto más alto —Canto Hincado— se dice que se ven marcados siete platos con sus cucharas y tenedores y, en medio la huella de un pie. El misterioso pie en el punto en que Santa María —que almorzó con ellos— tomó impulso para remontar el vuelo). Bajaron después hacia Omeñaca y al entrar a escuchar misa lo hicieron tan decididos y a la vez que... abrieron siete puertas en los muros, que se ven hoy todavía aunque cegadas... Ya en tierras de Almenar, en las estribaciones del Moncayo, cuando fueron a hacer una *razzia* fueron sorprendidos y muertos por los moros.

Menos el romance «pártese el moro Alicante», que se refiere al «campo de Almenar», todos citan como lugar de la batalla el río Araviana:

En campos de Arabiana
murió gran caballería...
Murieron los siete infantes
que eran la flor de Castilla.

12. MENÉNDEZ PIDAL, R.: *La leyenda de los siete Infantes de Lara*, Madrid, 1886.

13. El P. Florentino Zamora Lucas hizo una reedición en 1950, Madrid, Colección Joyas Bibliográficas.

14. Véase, PÉREZ RIOJA, J. A.: *Guía literaria de Soria*, Madrid, CSIC, 1973, pp. 29 y ss.

... por hermanos me los hube
los siete infantes de Lara:
tu los vendiste, traidor,
en el val de Arabiana,
mas si Dios a mi me ayuda,
aquí dejarás el alma.

Saliendo de Canicosa
por el val de Arabiana;
donde Don Rodrigo espera
los hijos de la su hermana,
por campo de Palomares,
vio venir muy gran compañía...

Como se ve se les estropeó el *picnic* esta vez. La mesa debió quedar puesta, pues yo algo he oído de una piedra en forma de mesa con otras siete más pequeñas alrededor... De nuevo hechos y objetos se desplazan fácilmente. El paraje está lleno de resonancias mágicas. Se detectan tradiciones sobre ríos subterráneos, un bosque druídico o una ciudad sumergida.

Pero lo cierto es que Moncayo no aparece ni como telón de fondo. La tragedia ocurrió abajo, a sus pies, y ya he dicho que la épica tiene sus peculiares modos de focalización: primeros planos y hasta primerísimos cuando la sangre salpica correajes y arneses.

Lugar tópico con referencia a la literatura moncaina son las *serranillas* de Santillana, cuya biografía sintetizaba así Vicente García de Diego: «Fue justador, poeta, tañedor de arpa y guerrero».

Por las crónicas sabemos que Don Juan II, en 1429, levantó huestes contra los de Aragón y Navarra. Don Íñigo acudió a San Esteban de Gormaz y prestó juramento de fidelidad. Según la crónica de Juan II

«El Rey de Aragón tomó Deza y los castillos de Ciria, Borobia y Vozmediano, que fue vendido por el alcaide; llegó también a Serón y anduvo por algunos lugares de la tierra de Soria, haciendo mal e daño». (capítulo XXXIV del año 1429)

Por entonces fue cuando

«mandó que Íñigo López de Mendoza, Señor de Hita y de Buitrago, estuviese en Ágreda con trescientas lanzas y seiscientos peones».

Sabido es el valor estratégico de la población. Allí residió un par de años. A finales de 1430 se enfrentó a los navarros en Araviana, según la crónica —capítulo I, de 1430— «el día de San Martín de noviembre». Una escaramuza sin gran trascendencia.

En esta estancia se supone que escribió las serranillas. Esto es lo que resulta de una lectura «en clave biográfica», clave que lleva a la localización de topónimos y hasta a sugerir un anecdotario amoroso. Nada menos cierto si se adopta otra perspectiva. Son muestras de un género que tenía unos cánones precisos que Santillana actualiza. Nada más natural entonces y ahora: percibimos la realidad a través de unos modelos y sobre todo la convertimos en arte mediante el uso de unas convenciones.

En el caso de la serranilla existían dos modelos básicos:

a) La serrana brusca y fea que responde al arquetipo de la mujer salvaje (que no siempre es literatura; Feijoo todavía cita en sus *Cartas eruditas* —vol. I, carta XXV— la mujer silvestre de los Pinares de Soria junto a un niño monstruo de S. Leonardo). Sus logros mayores acaso fueron los del Arcipreste de Hita.

b) La serrana proveniente de la pastorela provenzal, estilizada e idealizadora.

Un intermedio sería la serranilla del Almirante don Diego Hurtado de Mendoza, padre de nuestro marqués.

Pues bien, las serranillas del Moncayo se inscriben básicamente en el modelo provenzal; aunque todavía haya resabios de la serrana brusca hay una galantería refinada y aristocrática. La toponimia que se baraja —sobre todo en la segunda— tiene tanto un posible valor denotativo como de hábil juego para conseguir las oportunas rimas.

En realidad, el paisaje exterior no existe, Es la proyección de unos modelos en un entorno concreto.¹⁵ Cirot habló ya de «geografía poética» con referencia a las serranillas y es opinión que suscribo.¹⁶

15. La propia dinámica del tema genera nuevos textos. Así la segunda serranilla produjo «Las coplas de Antón, el vaquerizo de Moranas», en el siglo XVI, que publicó FOULCHÉ-DELBOSC en *Revue Hispanique*, XXXVI, 1916, pp. 150-168: «Notes sur deux serranillas du Marquis de Santillana».

LAPESA, R. (*La obra del marqués de Santillana*, Madrid, 1957) sugiere que Lope de Vega escenificó las coplas en la comedia, *El vaquero de Moraña*, tomándose, claro, sus habituales libertades.

Lapesa descartó, por otro lado, la lectura política que propuso la señora Vendrell de Millás, que a mí se me antoja una sugestiva construcción imaginaria de una erudita un tantico reprimida. A saber: supone que la serranilla segunda tiene intención política e identifica a doña Violante de Luna, Abadesa del Monasterio Cisterciense de Trasovares con la serrana aragonesa que encuentran camino de Trasovares y que el vaquero Antón es don Antón de Luna.

Una lectura imaginativa que alguien debiera convertir en relato histórico, adobándolo con otros documentos en combinación artificiosa.

16. «La topographie amoureuse du marquis de Santillana», *Bulletin Hispanique*, XXXVII, 1935, pp. 392-395. Otros: TERREROS, José: «Paisajes y pastores en las serranillas del Marqués de

Lo que para Santillana no parece haber sido una estancia dolorosa a juzgar por los modos en que la convirtió en literatura, durante el mismo siglo sí que lo fue para Pedro Manuel Ximénez de Urrea (1486-1530), a quien no gustaban mucho las guerras sino más bien la vida cortesana y sus placeres, sin que otras veces deje de manifestarse estoicamente comedido y meditativo.

Fino poeta amateur lo descubre su *Cancionero*,¹⁷ que recoge poemas a su amiga, una tal doña Leonor, junto con otras más intrascendentes, pero que espolean la imaginación del lector como las coplas que escribió «Porque murió una gentil mora» (p. 190). Se ve que gustaba de las moras y no sólo de las de zarza, gusto que compartía el Abad Tris de Veruela, que al final de su vida ni veía ni oía por las callejuelas de Bulbueite. Algo debía tener la mora Moragas, a quien dedica algún otro poema, deseando ser Orfeo para sacarla de los infiernos.

Y no menos llamativas son esas «Otras tuyas a una dama que mostraba hablar a un tordo» (p. 217), única ocasión que recuerdo que tan negro pajarraco haya servido de confidente amoroso; su negrura me hace sospechar que la tal dama tramaba algún envenenamiento o traición.

El tono cambia cuando son poemas sobre pleitos familiares (pp. 58-77) o en las coplas que dirigió a su madre cuando se quemó el castillo (pp. 225 ss.).

Ximénez de Urrea es poeta interesante, aunque llevaba a mal tener que vivir en Trasmuz y otras aldeucas de la zona, cuando su fina nariz de cortesano había barruntado otros olores y otras expectativas. Se quejaba amargamente de esa vida aldeana en unas coplas que escribió «estando triste porque yva a una aldea» (p. 89-93). El tópico luego tan de moda de *menosprecio de la corte y alabanza de la aldea* tiene en él un temprano contrapunto, que no es otro que el de quien se ve arrinconado en la aldea y no viajero voluntario a sus soledades de fin de semana, que diríamos ahora. Llegó a adquirir cierto complejo de aldeano por esta vida apartada y se disculpa en algún verso por ello

no hagáys caso desto que soy aldeano
aquí retraydo do nada veo

Santillana», *Cuadernos de Literatura*, VII, pp. 169-202. Buscando la toponimia concreta también el ya citado ensayo de José Tudela. No documentan el topónimo *Travesaña*, que, sin embargo, existe referido a un camino que va desde Ágreda a La Cueva de Ágreda por el paraje también llamado Canto Hincado.

17. XIMÉNEZ DE URREA, P. M.: *Cancionero* (publicado por la Excma.: Diputación de Zaragoza, teniendo a la vista la única y hoy rarísima edición que se hizo en Logroño en 1513), Zaragoza, Imprenta del Hospicio Provincial, 1878.

Pero hubo una edición posterior ampliada (Toledo 1516): *Cancionero de todas las obras de D. Pedro Manuel de Urrea nuevamente añadido*.

Su pobreza le obligó al retraimiento de Trasmoz, lugar que odiaba; se cansa de llevar «vida contemplativa / como frayle en monasterio», de «yr de collado en collado / siempre en monte como zorro»; pero sorprende luego cuando se consuela con los vuelos imaginativos «pues mi libre fantasía / podrá yr cuando quisiere».

Es autor que debiera ser más estudiado aunque enjundiosas páginas han escrito sobre él el maestro Eugenio Asensio o ese prodigioso contador de trovadores que es Roger Boase. Amén de su *Cancionero* (1513 y 1516), publicó *Penitencia de amor* (Burgos 1514) y en 1523, también en Burgos: *Peregrinación de Jerusalén, Roma y Santiago*, obra que se ha perdido y que debía contar su viaje por estas tierras en los años anteriores.¹⁸ Una lástima porque por los datos que ofrece el *Registrum Librorum*, de Fernando Colón, además del relato del viaje recogía numerosos poemas. Y no deja de ser llamativo que la obra fuera condenada por el Índice inquisitorial de 1553 y 1583. Asensio aventura que la prohibición debió derivarse de sus reflexiones sobre la conveniencia de mantener la convivencia de las tres grandes religiones.

Vuelto de Jerusalén su tendencia meditativa parece haberse acentuado, entrando en religión y dejando a su hermano el señorío de Trasmoz. (Tal vez había comprendido la premonición del poema del tordo y la dama: vestido de oscuro estaría más cerca de su dama que le acariciaría la punta de la capucha suavemente).

Asensio sintetizó su poesía así:

Pedro Manuel, en sus versos, no canta otras guerras que las del corazón y la razón. Sus poemas son el espejo de un alma desgarrada por impulsos contradictorios: ternura y sensualidad, sentido moral e ideas de clase, avidez de vida y pasión por las letras. Su poesía es muchas veces confesión. Sabemos bien que en los versos más confidenciales, en los que parecen fabricados para uso inmediato de biógrafos, se mezcla la tradición literaria, el deseo de evasión y las compensaciones de la fantasía. Pero en los suyos lo mismo el material literario que el biográfico están al desnudo. Su poesía en los mejores momentos se nos antoja emanación auténtica de un alma no muy refinada, sin oblicuidades. (p. XVII)

Hay versos magistrales escondidos por su poesía, así cuando solo y desengañado dice:

Voy por unos tristes valles
desterrado y enterrado.

18. Eugenio Asensio aquilató los datos conocidos sobre el autor con su habitual cuidado al editar sus églogas dramáticas al paso que da noticia de la edición del *Cancionero* en 1516, de la que por fin halló un ejemplar.

Y no desmerece como prosista en las tres largas alegorías conocidas: *Batalla de amores*, *Jardín de Hermosura* y *Rueda de Peregrinación*. O sus églogas dramáticas, una de las primeras y más contundentes pruebas de los titubeos del drama castellano en sus comienzos.

Con más tiempo hablaríamos de cómo fue uno de los primeros poetas españoles que vio su propio entierro (en *Sepultura de amor*), intercaló anécdotas irreverentes (en *Jardín de Hermosura* coloca a las puertas del Paraíso a S. Francisco esperando vanamente que entre otro franciscano) o hasta alguna fabulilla como la de la langosta que quería, andando ella torcida, enseñar a su hija a andar derecha (*Rueda de peregrinación*).

Le gustó tanto *La Celestina* que —cedo la palabra a Asensio— compuso Urrea dos obras semiteatrales: la traducción en verso de la Tragicomedia, limitada al primer acto, y la curiosa imitación *intitulada Penitencia de amor*.¹⁹ La *Penitencia de amor* fue descubierta y reeditada en 1902 por Foulche-Delbosch, quien observó que el autor había mezclado el realismo de la *Celestina* con el simbolismo de la *Cárcel de amor*. Bárbara Matulka (*The novels of Juan de Flores*, N. York, 1931, pp. 181-4) añadió un dato nuevo: que el desenlace se inspiraba en *Grisel y Mirabella*, de Juan de Flores. (pp. XXXIV-XXXV).

Sus cinco églogas, que Asensio editó ejemplarmente, lo colocan al frente del teatro aragonés. Qué hay en sus zagales que provenga de la realidad y qué de la literatura es cuestión que necesitaría larga discusión. En la estela de Juan del Encina es un claro ejemplo de los tanteos y búsquedas que llevarían en unos años al teatro clásico español.

Moncayo no parece, como se ve, sino sugerido o en un poema añadido con otros a *Penitencia de amor* y titulado «Otras suyas (coplas) a una ermita de Nuestra Señora que está cerca de su casa que se llama Nuestra Señora de Moncayo».

Lo editó Foulche Delbosch (*Revue Hispanique*, IX, 1902, 211-212) y es acaso el primer poema hagiográfico dedicado a la Virgen de Moncayo, inicio de una de las series más amplias y continuas de la literatura de la zona.

Como se ve, en los albores del Renacimiento todavía Moncayo sigue estando en los textos sin estar. Es decir, sólo tangencialmente se hace referencia a él. En la literatura escrita en Aragón en los siglos XVI y XVII fue cuando se produjo el descubrimiento progresivo del Moncayo como montaña singular y emblemática. De otra parte, al acentuarse la conciencia nacionalista comenzó a ser utilizado como símbolo político y se quiso ver en él una especie de símbolo de la fuerza aragonesa por su solidez, por sus entrañas tradicionalmente consideradas de hierro, por su firmeza frente a nieves y cierzos... es una línea

19. *Penitencia de amor*, Barcelona-Madrid, 1902. Bibliotheca Hispánica. Edición de Foulché-Delbosch. También su ensayo, «La *Penitencia de amor* de Pedro Manuel de Urrea», *Revue Hispanique*, IX, 1902, pp. 201-215.

que por razones de espacio no voy a explorar aquí, aunque ha sido una de las más productivas en cuanto a número de textos.

El descubrimiento del Moncayo como montaña singular fue, con todo, lento y se plasmó en los textos teniendo muy presentes modelos y tópicos clásicos, sobre todo provenientes de la tradición latina con Virgilio y Horacio a la cabeza; Horacio y su ideal de la *mediocritas aurea* tuvo siempre un peso decisivo.

El poema de Bartolomé Leonardo de Argensola, «Epístola a don Fernando de Borja, Virrey de Aragón», es tal vez uno de los mejores ejemplos de este descubrimiento de Moncayo como lugar apartado del mundanal ruido:

Yo y un amigo fiel, para süave
y breve diversión del ejercicio
que profesamos, importante y grave,
nos salimos a holgar, cuando propicio
desempeñaba sus promesas mayo
a la fertilidad y al artificio.

Edulio (el monte que de Caco a Cayo,
o por ser cano en la nevada frente,
lo llama la vulgar lengua Moncayo)
nos recibió en su falda floreciente,
soledad voluntaria del amigo,
rústico ya, mas rústico prudente.

En aquella heredada valle, abrigo
a la granja, que logra fértil suelo,
vive con sus cultores y consigo.
Allí se ajusta bien con el modelo
del cuerpo labrador que pinta Horacio,
con voz poética, llamado Ofelo;

y aunque grato a la corte y a palacio,
prefiere las verdades naturales
del campo, adonde vive más despacio.
Llegamos, pues, alegres y joviales
de mañana, ya habiéndole él sentido,
acudió diligente a los umbrales...²⁰

Dicho con otras palabras: cortesanos y ciudadanos, que buscan conversación reposada y descanso en un espacio cuyas lecturas transfiguran, filtrando su percepción y aun orientándola. La simple mención del nombre de Moncayo —insinuando al paso posibles orígenes, lo que no deja de ser vulgar ejercicio

20. Tomo el texto de la antología de CALVO CARILLA, p. 55.

erudito— le basta. Del nombre y sus resonancias legendarias, de los tópicos horacianos, se fue pasando luego a una contemplación más minuciosa cada vez y que, sin dejar de estar esmaltada de tópicos, se fue acercando a lo real.

En Lupercio Leonardo de Argensola se avanza tímidamente en esta dirección, pero al poeta lo detienen demasiadas preocupaciones simbólicas:

Excelso monte, cuya frente altiva
cubre de nubes tan oscuro velo,
que nos hace dudar si en ella el cielo
más que en los ejes frígidos estriba;

en ti mostró su boca vengativa
el gran león, forzado en su celo,
y en ti la voluntad empieza el vuelo,
hecho paloma con felice oliva.

Hoy usurpas la gloria al viejo padre
que sostuvo en sus hombros nuestra gente,
del fiero mauritano perseguida;

pues la afligida Augusta, nuestra madre,
enferma de frenético accidente,
halla en ti yerbas que le dan vida.²¹

Oscuridades culturales aparte, el soneto repite el carácter de refugio tranquilo que es Moncayo, lejos del «frenético accidente» zaragozano. Apenas se insinúa una leve descripción más funcional que contemplativa («cuya frente altiva / cubre de nubes tan oscuro velo») y sobre todo apunta el carácter simbólico de afirmación nacionalista que el monte comenzaba a tener.

Y similar es este otro soneto donde viene a ilustrar (en evidente nacionalización del tópico monte nevado = cabeza cana = vejez) unas reflexiones sobre la fugacidad del tiempo y la consiguiente recomendación de aprovecharlo noblemente:

Llevó tras sí los pámpanos octubre,
y con las grandes lluvias, insolente,
no sufre Ibero márgenes ni puente,
mas antes los vecinos campos cubre.

Moncayo, como suele, ya descubre
coronado de nieve la alta frente,
y el sol apenas vemos en Oriente
cuando la opaca tierra nos lo encubre.

21. *Ibid.*, p. 51.

Sienten el mar y las selvas ya la saña
del aquilón, y encierra su bramido
gente en el puerto y gente en la cabaña.

Y Fabio, en el umbral del Tais tendido,
con vergonzosas lágrimas lo baña,
debiéndolas al tiempo que ha perdido.²²

Fueron otros poetas seguidores de las enseñanzas argensolistas y de Góngora quienes por fin —parafernalia tópica aparte— ofrecen textos descriptivos más desarrollados dentro de la conocida afición de los poetas barrocos a los poemas descriptivos.

El primero de ellos, Martín Miguel Navarro Moncayo (1600-1644), el mejor poeta turiasonense que conozco, que habría que editar completo de una vez por todas.²³ Este devoto argensolista, de sólida formación clásica, que tras viajar a Roma y Nápoles acaba refugiándose en una sencilla canongía en Tarazona, escribió los versos más hermosos dedicados a la ciudad. Amante de la vida retirada —(y dejados a un lado sus poemas eruditos: *Tratado de geografía* y *Tratado de Cosmografía*)— convirtió en temas centrales de su poesía Tarazona y su comarca, vistas como el punto de partida para sus reflexiones filosóficas y morales.²⁴ Sorprendente es su fidelidad a la tradición clásica española en años en que el turbión gongorino lo inundaba todo. Su singularidad nace de este limpio clasicismo.

En un par de ocasiones al menos se asoma de forma explícita Moncayo en las páginas que dedica a su *paraíso* turiasonense. La primera en una carta poética que dirige a don Juan Dicastillo y Azedo, invitándole a que suba con él a la Virgen de Moncayo, donde gustaba celebrar misa en soledad:

I así, en tanto que espléndido florece
este fértil terreno,
que la común admiración merece,
i resuelve en el monte más ameno
la nieve el solar rayo
i libra los cristales de su seno,

22. *Ibid.*, p. 53.

23. Excelente pero parcial es la edición de BLECUA, J. M.: «Poesías de Martín Miguel Navarro», *AFA*, 1945, pp. 219-317. Con precisa presentación y comentarios.

24. Sintetiza su poética en «Respuesta a la Carta de Martín Lamberto Iñíguez, señor de Fablo i Espín, en el valle de Serrablo, en las montañas de Jaca, en que le reprochaba la retirada a soledad i persuadía bolviese a Zaragoza» (pp. 273-277, edición J. M. BLECUA):

... yo, umilde, lo desprecio todo,
i en estas voluntarias soledades
a la vivienda ociosa me acomodo.

la soledad prevengo de Moncayo
al primer sacrificio,
después que su rigor mitigue el mayo.
Allí crece devoto un edificio,
donde la obra sencilla
todo primor escede i artificio.

La estrañeza del sitio es maravilla,
que aun con fama modesta,
cuantas la antigüedad celebró humilla.
La montaña, al ardiente sol opuesta,
las nobles peñas viste
del voluntario honor de su floresta.
La cumbre al celestial peso resiste
al parecer i en ella
hasta el estivo ardor la nieve asiste.

Por lo inferior, la primavera bella
reina en el mismo estío,
sin que basten sus llamas a vencella.
Sus arroyos, que forman este río,
pacen de varias fuentes
en las fraguras de su error sonbrío.
Fundado entre peñascos eminentes
el templo se levanta,
que piadosas frecuentan varias gentes.
En su primer altar la imagen santa
de María divina
su auxilio a nuestros ruegos se adelanta.
En los conflictos la piedad destina
a este gran santuario
sus votos, i previene la ruina.
En los temores del suceso vario
la inocencia asegura
sus esperanzas del rigor contrario.
Su remedio eficaz aquí procura
el desconsolado umano,
i le halla en el refugio de la altura.

Aquí, don Juan, podiemos del verano
pasar alguna parte,
si tu designio no saliere vano.
En esta hermosa amenidad sin arte
discurriremos juntos

de objeto, en que debes ocuparte.
El tiempo dictará graves asuntos,
i tú, artifice diestro,
declararás los más confusos puntos.
Yo te veneraré como a maestro
por dichosa esperanza
de tu patria i también del siglo nuestro
que se alienta con esta confianza.²⁵

Al retiro horaciano se ha superpuesto el apartamiento religioso, originando una *placentera soledad sin arte*, natural y sencilla. Una soledad amena apta para los estudios nobles.

No recoge la antología de J. M. Blecua, sin embargo, su poema «A la ciudad de Tarazona», que ya había publicado don Ignacio de Aso en Amsterdam, en 1781, en un librito hoy muy raro. Su lectura es posible gracias a la antología que acompaña al ensayo sobre el autor de J. Hernández en *Personajes ilustres de Tarazona* (Tarazona, s. a. pp. 125-185). Sus 113 tercetos son un canto entusiasmado a su «dulce patria», la para él «feliz, antigua y noble Turiaso» con el Moncayo y el Queiles como monte y río tutelares:

Ese tu bello monte fue el Parnaso
de mi primer ardor; ese tu río
mi celebrada fuente del Pegaso.
Moncayo y Queiles, cuyo grato frío
instiló en la rudeza de mis venas
de sus licores el primer rocío.
Tuyas son, oh gran madre, estas amenas
furias; a tu grandeza las dedico,
pues tal vez celebraron las agenas. (pp. 133)

Tras recorrer poéticamente las leyendas que tratan del origen mitológico de la ciudad, realiza un elogio descriptivo de Moncayo y el Queiles, de nuevo amado refugio horaciano. Lo cito por extenso para facilitar la lectura:

Y ¿quién pintará al monte siempre cano
que los benignos céfiros apresta
para su adulación en el verano?
La magestad gentil de su floresta
coronan de frondoso olor los cielos,
y ella crece al ardiente sol opuesta.
El agua de los puros arroyuelos
que con susurro grato se deriva
cuando al calor solar ceden los yelos.

25. Edición de J. M. BLECUA, pp. 286-287.

De sus cumbres desciende fugitiva
del cielo, al parecer se reconcentra
porque el terreno su virtud reciba.
Y en las peñas por cuyas venas entra
su rigor les infunde a los metales
que en los retretes íntimos encuentra.
Con secreto vigor sus manantiales
vuelven impenetrables las lorigas
y sus escamas al diamante iguales.
Si el temple esfuerza al arte sus fatigas
despuntan en sus láminas sin daño
los arneses las flechas enemigas.
Las espadas que hiela el noble baño
ó penetran ó yenden el acero
con la excelencia de vigor extraño.
Porque en sus ondas le templó primero,
dio al hierro, según célebres varones,
Queiles el nombre que le usurpa Íbero:
En su orilla por todas las sazones
vierte sus gracias la influencia amiga
y la corona de infinitos dones,
Donde el estío a su decoro obliga
con la pompa que vive en su floresta
la verde oscuridad y le mitiga.
No menos bella la frondosa cresta
ostenta de las cumbres donde el rayo
ni yende eirado, ni fogoso tuesta.
Donde a la frente altiva de Moncayo
corona los peñascos en Octubre
la nieve, que resuelve apenas mayo.
La selva el voluntario honor descubre
y entre las verdes sombras ingeniosas
sus laberintos a la luz encubre.
Las fieras allí el can jamás acosa
y en el silencio horrendo de sus senos
sin pavor la más tímida reposa.
Por el valle inferior el bosque menos
formidable a los límites se extiende
del sacro monte sin industria amenos.
Sus prados un hermoso río hiende,
vuela opuesto a los rayos orientales
y a estas gentiles fábricas desciende.
Cuyo ámbito, teatro de marciales
glorias, la antigua magestad conserva

expresa en sus espléndidas señales.
Y invicto en medio de la patria sierva
vio algunas veces libres en sus prados
reinar las flores, y morir la hierba.
Hasta que exhausto al fin por todos lados
cedió al rigor, y bélica potencia
de infieles combatientes ostinados,
Y redujo en sus templos la violencia
a ruinas y míseros destrozos
cuanto el celo cristiano reverencia.
Y entre el estruendo de triunfales gozos
la rabia de los bárbaros rigores
perdonó apenas venerables trozos.
Pero volvamos a las cultas flores
del monte que desprecia el Heliconio
en grata variedad de resplandores.
Allí al soplo suave del Favonio
el yelo cede y de su paz fecunda
da el monte delicioso testimonio.
No en súbito raudal Queiles inunda
ni las campañas sorbe, antes el seno
tranquilo muestra y con modestia abunda.
Al purpúreo esplendor del aire ameno
toda infeliz constelación respeta
y a la pompa y fragancia del terreno.
¡Oh amable soledad, oh dulce meta
del ánimo fiel que en breve nido
busca la senda de la paz quieta!

Imitando a Horacio renuncia a la vida cortesana y sus vanidades, prefiriendo estas soledades tranquilas que compiten en belleza con los ideales parajes arcádicos de la tradición literaria. Y parece concebirse la imitación no sólo como procedimiento retórico formal sino como un careo entre el paisaje tópico literario y el paisaje real, inclinando la balanza a favor de éste. Desde ese momento puede decirse que se ha consumado la nacionalización de los temas y el agotamiento de las posibilidades de confrontación entre los modelos literarios y la propia realidad abocaba a una búsqueda distinta y más original.

Esta originalidad, mezclada con alambicados y retorcidos juegos metafóricos, se descubre en las *silvas* que dedicó a las estaciones del año el licenciado Matías Ginovés.²⁶

26. Véase la edición de J. M. BLECUA, del *Cancionero de 1628*, Madrid, 1945. O su antología, *La poesía aragonesa del Barroco*, Zaragoza, 1980.

Con la libertad que la silva permitía —y que tan bien ha ponderado Eugenio Asensio, estudiando las silvas de Quevedo— el licenciado Ginovés va mostrando las distintas apariencias de las cosas. El Valle del Ebro y sus alrededores son la realidad elegida para realizar este inventario de apariencias. Moncayo como de costumbre impone su presencia soberana y tópica (tópica en el sentido de inevitable). Así en el arranque de la «Silva al verano»:

No ya sobre la calva del Moncayo
nevadas canas peina el viento helado,
que en parda greña rebozado trueca
el fiero adorno de sus sienes canas
con baños de las luces soberanas.

Merecen ser leídas y estudiadas estas silvas, un lote de la mejor poesía barroca aragonesa, sin duda.

Aclimatadas las galas de la poesía pastoril a las laderas del Moncayo, florecieron con cierta gracia en poemas como el que recogiera Claudio de la Sablonara en su *Cancionero musical y poético del siglo XVII*:

Ya del soberbio Moncayo
se ve distinta la frente
y trocado en peñas pardas
lo blanco de su copete.
 Cuando un pastor humilde
 llora ausente
 presentes males
 y pasados bienes.
Ya de esmeraldas desnudas
se visten los campos verdes,
dando a su imagen guirnaldas
y al sol pintados tapetes;
y en concentradas capillas
los pajarillos alegres
saludan al alba hermosa
y a la primavera alegre.
Pasó la gloria que tuvo
y como ya no la tiene,
llora que vistan los campos
las esperanzas que pierde.
Hasta el padre del alba
de que le mire se ofende,
pues noche del alma el día
cuando en ausencia amanece.
Todo lo entristece y cansa
lo que alegría parece;

el mayor mal de los tristes
es ver que alguno es alegre.
 Cuando un pastor humilde
 llora ausente
 presentes males
 y pasados bienes.²⁷

O el romance de Francisco de Borja, Príncipe de Esquilache que comienza:

De las sierras del Moncayo
Lisarda vino a Castilla;
qué solos deja sus montes
y sus nieves, sin invidia.²⁸

La zagala cuya blancura envidiaban las nítidas nieves del Moncayo provoca la admiración del poeta y de los cortesanos, hasta el punto de provocar metafóricas muertes en quienes le aman y en quienes le envidian:

Seais zagala del Ebro, bien venida,
aunque vengais a matar en la villa
a quien os mira, de amor,
y a quien os tema, de invidia.

No menos «tirana de vidas» e «imán de finezas» es la zagala que lleva a mal traer a su pastorcico en «Afectos de Pastor desvelado», incluido por Baltasar López de Gurrea en sus *Clases poéticas* (Zaragoza, Juan de Ybar, 1663). Poeta éste que convierte al invernal Moncayo en doctor de «capirote blanco», «catedrático de friura», en un escasamente ingenioso poema.²⁹

Los tópicos barrocos tocaban ya fondo. Y otro tanto ocurre en la prosa. Bastará un ejemplo. D^a Ana Francisca Abarca de Bolea sitúa su *Vigilia y Octavario de San Juan Baptista* en la geografía moncaína.³⁰ Se trata de una miscelánea, cuya trama narrativa ha sido ideada para presentar de forma articulada una serie de poemas con claro predominio de lo religioso y hagiográfico. Un grupo de nobles, fingidos pastores, pasan unos días en Moncayo celebrando de paso la vigilia y octavario de S. Juan. Alternan su asistencia a oficios religiosos con honestas diversiones como una fiesta de toros, juegos, competencia en discursos barrocos y poemas de tema forzado. Ni cuando el tema consiste en com-

27. Tomo el texto de GELLA ITURRIAGA, José: *Romancero aragonés* (500 romances históricos, histórico-legendarios, líricos, novelescos y religiosos), Zaragoza, 1972, n.º 233, p. 319.

28. Texto completo en GELLA ITURRIAGA, n.º 232, p. 318.

29. En la antología de CALVO CARILLA, pp. 61-66.

30. *Vigilia y octavario de San Juan Baptista. Lo escribió, en su nunca ociosa juventud, la muy Ilustre Señora Doña Ana Francisca Abarca de Bolea, Mur y Castro, Religiosa del Cister, en el Real Convento de la Villa de Casbas, donde fue dignísima Abadesa.* En Zaragoza, por Pascual Bueno, año 1670.

poner redondillas dedicadas a diversas flores se logra una poesía que desborde los tópicos (pp. 59-61); interesa más su simbolismo que la propia descripción como ocurre en general en todo el libro. Los santos y la Virgen catalizan por completo el interés de la autora, aparte de un inequívoco interés por lo oscene, que le lleva a incluir un poema paisajístico descriptivo, pero de Guara vista desde Moncayo (p. 121: «Romance de Guara»). Inútilmente buscamos algo similar sobre nuestro monte. Apenas la descripción inicial, que transcribo modernizando las grafías:

Ardían en rústicos fuegos, cuando en otro tiempo se ostentaban en condensados carámbanos, las encumbradas sierras de Moncayo, en quien hacen vistoso alarde las nativas, y olorosas flores, que general alfombra de los levantados riscos, convidan a que goce el ocio de lo fragante de tan ameno sitio, en quien los líquidos raudales, corriendo a porfía, hermosean sus márgenes, tan poco codiciosos, cuanto primorosos, despreciando aljófares, y recamando con argentados retoques la frondosas peñas, haciendo con su curso, más apacible, y blando el céfiro que los alienta, siendo si rígido gobierno de las altaneras hayas, suave airón de las humildes florecillas, que agradecidas le rinden aromas en pago del alivio que les dan a sus congojas, ocasionadas de los ardientes rayos del cuarto planeta, que muy a lo poderoso, si hoy enriquece con sus favores, mañana ostenta su rigor ardiente; para que ni el mucho bien tenga desvanecidos, ni el continuo disfavor tenga desconsolados. (p. 1)

Para muestra basta. Qué pueda haber de captación del paisaje real moncaino y sus aledaños no es fácil decirlo, hasta tal punto serpentea y se retuerce el discurso, entreverándose, además, de reflexiones. Sus personajes deben ocultar a contemporáneos suyos y el texto es, en definitiva, una de tantas producciones cortesananas de aquel momento, que exprimían los tópicos hasta las heces. Esta literatura, donde Moncayo sigue siendo sobre todo «atlante de nubes» y otras lindezas parecidas, debe más en su fábrica al arte, que a la naturaleza, por decirlo en su propio lenguaje.

O no se ha explorado suficientemente —que es lo más probable— o en el siglo XVIII decaen el uso literario del Moncayo. En todo caso debió ser una literatura muy supeditada a los tópicos anteriores. Ciertos poemas de Cadalso que se aducen a contrapié partiendo de su destierro en un lugar de Aragón son más un ejercicio voluntarioso de sumar nuevas referencias que otra cosa. En el mejor de los casos son versos que suponían una vuelta al clasicismo español, dotándolo como mucho de un sentimentalismo lacrimoso que se expresa recurriendo a la *tristura* y *blandura* garcilasianas. No parece que Cadalso estuviera muy dotado para la descripción de paisajes exteriores y, además, era tan hipocóndrico, que con frecuencia las lágrimas le impedían verlos.

Tal vez durante este siglo quienes mejor captaron y conocieron Moncayo fueron algunos frailes botánicos del monasterio de Veruela, que patearon sus laderas buscando plantas para sus herbolarios y otros estudios científicos. Figura a su cabeza Fr. Antonio José Rodríguez (+ 1777), personaje feijoniano y polémico.

Y no debe olvidarse en este sentido tampoco a las diversas Sociedades Económicas de Amigos del País, que emprendieron un descubrimiento del entorno siempre importante. Pero esta literatura científica importa ahora aquí menos, por lo que debemos venirnos al siglo XIX y al romanticismo, que generó unos modos nuevos de ver el paisaje, que nos resultan tan inmediatos como que son en buena parte los nuestros.

Basta leer la «Introducción» de José María Quadrado a *Recuerdos y Bellezas de España. Aragón* (1.^a edición en 1844 con láminas dibujadas del natural y litografiadas por F. S. Parcerisa), para darse cuenta del cambio:

...si pocas provincias han logrado ser mejor conocidas que la de Aragón en su historia y en sus instituciones; si pocas, a lo menos en lo antiguo, mostraron tanto esmero en la conservación de sus fueros y de sus glorias, que pueden presentar un archivo tan completo como el de la Corona de Aragón; y una serie tan brillante de cronistas como la que abarca al sabio Zurita, al patriota y celoso Blancas y el elegante Argensola; si apenas hay ciudad en la provincia que, a falta de los archivos particulares casi aniquilados por las guerras en este siglo, no guarde su historia impresa o manuscrita; si en la parte eclesiástica y en sus variadas ramificaciones ha merecido Aragón en un ignorado capuchino de la pasada centuria, en el P. Ramón de Huesca un historiador tan erudito como circunspecto; bajo el aspecto artístico puede decirse que es un país todavía por descubrir, y una mina por explotar.

Palpitándonos el corazón parte de temor y parte de complacencia, entramos en esta senda que abren nuestros pasos, y en la cual no divisamos anteriores huellas, si ya no se cuentan las que nos dejó en la postrera mitad del siglo XVIII el erudito don Antonio Ponz en su vasto pero incompleto *Viaje de España*.³¹

Pero a ellos ya no les interesaba este tipo de viaje, plagado de ausencias y que

ni una línea dedica a los grandiosos monasterios, a los empinados castillos, a las pintorescas montañas de la otra parte del Ebro. Y luego pintor antes que arquitecto en los templos, y economista más que poeta en la campiñas, educado en todo el rigor y exclusivismo de la escuela clásica de su tiempo, dado al examen de los detalles y adornos más bien que a la contemplación del conjunto, sería injusticia al par que anacronismo exigir de él en la apreciación de aquellos monumentos aquella mirada profunda, universal, espiritualista, digámoslo así, que descubre un alma bajo aquellas formas y descifra en ellas la historia y la organización de un pueblo, o que reconociendo siquiera en la belleza artística la variedad fecunda e inagotable de la naturaleza, no se esfuerza en amoldarlas a un tipo dado. (p. 8)

31. Cito por la edición realizada en 1937, en Zaragoza, por el Sindicato de Iniciativa y Propaganda de Aragón en la Tipografía de E. Berdejo Casañal, sobre la edición de 1844.

Como es sabido, hubo otras ediciones: 1886 y 1974. Texto citado, p. 8.

La actitud ha cambiado radicalmente. Se contemplan los conjuntos arquitectónicos del pasado o el paisaje no como algo frío sino como activadores de la imaginación. El final de la introducción es muy explícito:

Dejemos de respirar el polvo de los archivos y salgamos al aire libre; abandonemos el estudio del anticuario, y tomemos el bastón del viajero; cerremos los libros y veamos desplegarse ante nosotros ese animado panorama, en que junto con el espectáculo de lo subsistente desfilan también las sombras de lo pasado con una viveza y brillo que no tenían en el silencio de nuestro aposento. (p. 34)

Lo leído ya no filtra del mismo modo la percepción del mundo real. Y lo leído ahora, en todo caso, son otras obras correspondientes a una sensibilidad distinta. Los viajeros adoptan frente a la naturaleza una actitud contemplativa nueva: esperan escuchar las diversas voces del pasado; las de las gentes del pueblo que guardan ecos de leyendas y tradiciones; las de los propios monumentos o las de la naturaleza a la que se dota de un carácter mágico y sugestivo. Y allí donde los datos faltan o son dispersos, la imaginación y la fantasía del poeta los suple dejándose arrastrar por sus ensoñaciones.

La lectura de toda la colección de *Recuerdos y bellezas de España* nos sumerge en una literatura distinta.³² Para no alejarnos de nuestro tema, baste el final del capítulo dedicado a Veruela; tras recorrer el monasterio y describirlo la temperatura anímica de los viajeros es tal, que escriben:

Diríase que, a veces, lamentables gemidos se exhalaban de aquellas tumbas, que las serpientes y endriagos de los capiteles del claustro se animan por intervalos formando un infernal concierto de aullidos, silbidos y lloros como de infante, pero no son aquellos sino capricho y modulaciones del viento en los corredores solitarios. Sin embargo, si tienen voz los monumentos, si en medio de la insensibilidad del hombre resta algo en la naturaleza, o más arriba, en la región invisible, que por ellos se interese, oiréis allí la voz de desolación que llora sobre Veruela. Si encajonado el monasterio en una ciudad hubiera sobrevivido al primer acceso de vandálico frenesí tal vez redimiera su existencia hospedando alguna oficina, escuela u hospicio de nueva alcurnia; sus numerosos patios; su magnífica escalera de dos ramales, sus largos tránsitos y cómodas celdas, su local anchuroso y bien conservado hubieran podido alcanzar gracia para la porción bella y monumental. Mas ahora, cuando se cansen de tenerla por granero los labradores circunvecinos, cuando una cifra incline del lado de la carga el fiel de la balanza administrativa, ¿qué destino aguarda a la maravilla del arte? Morirá de abandono y consunción, perdida en el desierto, tan ignorada como ha vivido para el artista morirá. Y estas humildes páginas quizá le sirvan de único epitafio. (p. 220)

32. Véase, MAESTRE ABAD, Vicente: «*Recuerdos y bellezas de España*. Su origen ideológico, sus modelos», *Goya*, 181-182, 1984, pp. 86-93.

Por fortuna no fue así; no mucho después comenzaron las gestiones oficiales para recuperar parte del monasterio. Estas páginas lo que nos descubren son las actitudes de los viajeros románticos.³³ Este es un *viaje artístico*. El texto no es nunca frío o distante, sino que se anima fácilmente. Es una lástima que Quadrado y Parcerisa no se internaran más en Moncayo para darnos una descripción del mismo. Su viaje era, como digo, sobre todo *artístico*. Pero su discurso con todo es verdadera literatura romántica. Un nuevo texto referente al entorno de Moncayo lo muestra bien:

Señorean los pueblos de aquel ángulo de Aragón avanzando dentro de los reinos de sus antiguos rivales, al cual sirve el Moncayo de estribo incontrastable, fortalezas nada desiertas ni ociosas algún día, vueltas por el norte a Navarra y a Castilla por el Occidente. Trasmoz a orillas del Queiles, y Añón cercado de carrascales en el fondo de las montañas, yacen al pie de fuerte castillo; la posición de Alcalá de Moncayo sobre un cerro por pedestal, y su arábigo nombre indican el belicoso origen de su población; y hasta la naturaleza parece imitar alcázares y muros en lo alto de la Peña Herrera. A la inmediación de Talamantes, blanquecinas rocas, que finge fantasmas la luz del crepúsculo, se confunden con las almenas y destrozados torreones donde tremoló según memorias la roja cruz de los Templarios; sin duda no se elevaron por simple guarda de aquel pintoresco pero humilde pueblo, que aparece de improviso en áspera ladera con reducida huerta a sus plantas; y si no de custodiar las ocultas minas de plata con que sueñan en medio de su pobreza los naturales, fue su destino el de proteger la seguridad de los desfiladeros. Porque el Moncayo, del cual son ramificaciones las incultas colinas que trepamos, vestidas de matorrales, no siempre bastó para alejar y repeler con su altísima barrera toda hostil embestida; el rumor de las armas resonó en aquellas breñas, corrió la sangre por entre la nieve, y a la raíz del monte los campos de Araviana, solar de una ciudad que diz que la tierra tragó con sus moradores en un día de espantoso cataclismo allá en el siglo VI, vieron muerta o cautivada en 1359 mucha flor de la nobleza castellana a manos de la aragonesa sobre la frontera de entrambas monarquías. (p. 222)

La lectura de páginas como ésta ilumina el sentido de la totalidad de la obra. Se contempla el paisaje pero al describirlo se superponen la historia y la leyenda, animando sus soledades hechos históricos, monumentos y tradiciones. Estas últimas particularmente. El paisaje se vivifica: las rocas con las dudosas luces del poniente parecen fantasmas (Valeriano pintará no mucho después una sensacional acuarela de las Peñas de Herrera). Se nos insinúa la legendaria existencia de riquezas ocultas y hasta la existencia de una ciudad enterrada por un cataclismo. La geografía de nuevo se hace mágica.

33. Conscientemente he dejado fuera la *literatura de viajes*, que necesita una exploración particular y que está llevando a cabo para Aragón, Ricardo Centellas.

Para Soria véase, PÉREZ RÍOJA, J. A.: «Viajeros extranjeros del XVIII por tierras de Soria», *Celtiberia*, 47, pp. 87-94; o SÁENZ GARCÍA, Clemente: «La estancia en Ágreda del Capitán Alonso de Contreras», *Celtiberia*, 45, pp. 101-108.

Con relación al viaje becqueriano: VILLANUEVA, Darío: «Ponz, Jovellanos, Bécquer. Originalidad y unidad de las cartas *Desde mi celda*». *Studies in honor of Summer M. Greenfield*, Nueva York, 1985.

El libro de Quadrado y Parcerisa nos pone en los umbrales de otro *viaje artístico* llevado a cabo por otros dos grandes artistas: los hermanos Bécquer.

Darío Villanueva en su excelente edición de las cartas *Desde mi celda* sugiere que fue probablemente este libro uno de los incitadores para que los Bécquer viajaran a Veruela. Sin duda lo conocían, así como el resto de la tradición literario-artística en que se inserta y que José R. Arboleda estudió magistralmente con referencia a la *Historia de los templos de España*, fallida aventura editorial de Gustavo Adolfo, pero que demuestra su temprano interés por este tipo de viajes y empresas.³⁴

En Veruela —al margen de las muchas falsedades y oscuras zonas que rodean sus estancias— Gustavo escribió y Valeriano pintó, ambos siempre en estrecha colaboración. Los textos de Gustavo son relativamente conocidos, pero mucho menos los cuadros y dibujos de Valeriano, parte recogidos en el álbum conocido como *Expedición de Veruela*, hoy en la biblioteca de la facultad de Arquitectura de la Columbia University, de New York, donde lo localizó en 1936, Ángel del Río. Como escribe Darío Villanueva:

Sería necesario por ello realizar una edición conjunta de ambos materiales, pictórico y literario, para lograr la unidad que nunca alcanzaron dos obras creativas surgidas de un mismo impulso, como otras colaboraciones más modestas pero igualmente intencionadas de los Bécquer.³⁵

Estancias y actividades que deben ser integradas, además, en la totalidad de la estrecha relación que siempre hubo entre los dos hermanos.³⁶

Como el tiempo es limitado y ya está en marcha un importante congreso sobre el tema, que incluirá entre otras cosas el estudio y edición de los textos más el álbum de Valeriano, resulta ocioso extenderse aquí al respecto como no sea para hacer algunas indicaciones generales, pero necesarias, referentes al asunto que nos interesa: el Moncayo y la literatura.

34. ARBOLEDA, José R.: *Historia de los templos de España*, Barcelona, Puvill Editor, 1979.

35. BÉCQUER, G. A.: *Desde mi celda*, Madrid, Castalia, 1985, p. 31 (Edición, introducción y notas de D. Villanueva) D. Villanueva, en un preciso ensayo analiza y aquilata lo que hoy por hoy sabemos sobre el tema.

Menos conocidos son los trabajos dedicados a Valeriano en relación al monasterio: DEL RÍO, Ángel: «Expedición de Veruela: Álbum de dibujos de Valeriano Bécquer», *RHM*, III, octubre 1936, pp. 81-87.

BROWN, Rica: «Un álbum de dibujos originales de Valeriano Bécquer», *Goya*, 21, 1957, pp. 152-157.

PARDO CANALÍS, Enrique: «Valeriano Bécquer en el Museo de la Trinidad», *Goya*, 71, 1966, pp. 308-315.

36. PALOMO, Pilar: «Los pies de foto de unos grabados románticos. Nota al periodismo de los hermanos Bécquer». *1616. Anuario de la Sociedad Española de Literatura General y Comparada*, IV, 1981, pp. 83-91.

La primera, la necesidad de estudiar conjuntamente la actividad de los Bécquer en Veruela con toda su producción, decía, pero en especial con la referente a la provincia de Soria y Navarra con ese centro imantador que es Moncayo. En segundo lugar, aclarar las zonas biográficas oscuras, pero más, iluminar correctamente textos y pinturas. Unos ejemplos: cómo se produce la conjunción pintura-literatura; qué hay de cierto y qué de ficción en pasajes como el de la Tía Casca; una delimitación más precisa del género epistolar en *Desde mi celda*, en su conjunto, pero también en detalles como la inclusión de leyendas, de reflexiones teóricas o de otros tipos de relato como la hagiografía o los diversos procedimientos de la literatura costumbrista usados. Un estudio sistemático, en fin, de todos estos documentos, probablemente el mejor conjunto que hasta el presente se ha realizado sobre este espacio privilegiado que es Moncayo.³⁷ Hasta ahora quien mejor quizás ha sabido apreciarlo es Rubén Benítez en *Bécquer tradicionalista*, un libro espléndido pero abierto.³⁸

La sensibilidad extraordinaria de Bécquer posibilitó la recogida de un notable número de tradiciones, que pueden encuadrarse dentro de lo que uno de sus autores más admirados, el poeta romántico alemán Heine, llamó el *regreso de los dioses*, seres de primitivas mitologías como hadas, gnomos, demonios; seres que la tradición ha marcado por su contacto con lo extraño y lo sobrenatural como los moros y sus inevitables tesoros, las brujas.

Ocupa por ello un justo lugar esta literatura en obras como *Aragón legendario*, de Domínguez Lasierra, ya citado.

Bécquer, realizó, además, su colecta en las dos vertientes del Moncayo y zonas aledañas como Soria y Navarra. Y aspecto no menos importante es su visión ensoñada de Moncayo y sus alrededores, vivificándolo todo. Las cartas son un verdadero tratado sobre la imaginación poética y mítica.³⁹

El paso de los Bécquer por Veruela ha convertido el lugar y por añadidura el Moncayo en lugares *románticos* con todos los peligros que el término conlleva. Se impone ya un estudio diacrónico riguroso de las imágenes creadas de estas tierras a partir de la literatura becqueriana, convertida en tópico y modelo. En primer lugar, para aquilatar las leyendas que figuran en torno a su persona, desterrando ciertos relatos, o mejor, colocándolos en el haber de los soñadores que tras sus huellas han ido. En segundo lugar, para situar en su

37. Véase, MARTÍNEZ RUIZ, J.: «Bécquer y el costumbrismo español», *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, XXXVI, 1-2, 1970, pp. 65-90.

38. BENÍTEZ, Rubén: *Bécquer tradicionalista*, Madrid, Gredos, 1971. Debe ser completado por su edición de las *Leyendas*, Barcelona, Lábor, 1974.

39. Véanse, SÁNCHEZ REBOREDO: «Romanticismo conservador en las *Cartas desde mi celda*», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 248-249, agosto-septiembre 1970, pp. 394-403.

MANRIQUE DE LARA, José Gerardo: «Bécquer poeta de la ensoñación», *Ibid.*, pp. 373-392.

PAGEARD, Robert: «Mythes et elements mythiques dans l'oeuvre de Bécquer. Bref inventaire», en *Les mythes et leur expresion au XIXe siècle dans le monde hispanique et ibero-americaine*, Lille, 1988, pp. 57-59.

sitio algunas significativas visitas de creadores que gracias a él han descubierto el extraordinario poder activador de la imaginación de estas tierras.

No voy a recordar más que una de estas visitas, que me viene al pelo para recuperar un poema de Ignacio Prat, emblemático de la vigencia becqueriana en la literatura reciente.⁴⁰ Ignacio Prat, que era a la sazón apenas un pollo que aleteaba en el borde del nido de la literatura, promete ya sus altos vuelos posteriores:

Bécquer

Este Hombre la Luna
ha suspirado contra el mes de abril.
Y de todos los estanques españoles
ha resultado una grave aria
que acuchilla los nidos de las cigüeñas
y persigue lo poético del frenazo de un automóvil.
Porque de los escondrijos de las carpas
y del pastoso alarido de los tapires
ha de subir subir subir un eco de planetas
hasta el concepto del último visitante
que no supo de violines románticos ni de trombones imaginistas.
Y también porque considerado cada uno
en su infinita proyección de ánade
sobre una estampa roja y agua de Rousseau
no bastan ni los picos ni el sufrimiento del átomo
para romper lo intacto propio suyo: El Hondo Son.

La obra de los Bécquer no debe hacer olvidar otros textos románticos en cuyo centro aparece Moncayo. Así, la leyenda «El puñal» de Augusto Ferrán o la fascinante leyenda de «La energúmena», que escribió y publicó Leandro Jornet (pseudónimo de Federico Muntadas Jornet), heredero de las posesiones que tuvieron los monjes del Císter del Monasterio de Nuestra Señora de Piedra, en su libro *El Monasterio de Piedra. Su historia, valles, cascadas, leyendas monásticas* (Madrid, 1871, pp. 109-126).⁴¹

Sitúa su acción en el siglo XV, en Soria, y cuenta las vicisitudes de una endemoniada, aguda y discreta, capaz de discutir las cuestiones teológicas más peliagudas. En realidad estaba endemoniada por lo que dio en bañarse en el Duero en invierno y en correr malvestida por las calles de la ciudad. Sus padres

Lleváronla de iglesia en iglesia por todos los monasterios de Castilla y de León, sin que la energúmena experimentase alivio. Once años peregrinando,

40. Véase, «Día de Aragón: Bécquer en Veruela», *Zaragoza*, XIX, 1964, pp. 193-298.

41. Cito aquí, no obstante, su texto por Florentino Zamora Lucas, *Leyendas de Soria, ob. cit.*, pp. 269-279.

once años de no interrumpidas tribulaciones. Perdida toda esperanza de arrancar a la doncella de la servidumbre del demonio, supieron que en la falda del Moncayo vivía un ermitaño de indubitada santidad, y encamináronse a la ermita. Con fervoroso celo pronunció el anacoreta las frases sacramentales del exorcismo, y los demonios prorrumpieron en tales voces, en tan espantosos alaridos, que pareció que se venía abajo la ermita. Repitió el exorcista sus palabras, y entonces oyóse la voz de un alma del purgatorio que penaba dentro del cuerpo de la doncella, que dijo: «no la dejarán los enemigos malos mientras no la lleven al Monasterio de Nuestra Señora de Piedra», y siguió a estas palabras un estrépito infernal, y un ¡ay! tan prolongado y desgarrador que les heló a todos la sangre en las venas. El grito fue del alma del purgatorio a quien los diablos pusieron en cruel tortura por haber revelado el único sitio en donde podían ser vencidos». (p. 272)

Parece, pues, que el Moncayo conservaba aún cierto carácter numínico. En fin, diligentes se dirigieron al Monasterio de Piedra. El camino fue duro, ya que los demonios hicieron de las suyas para impedir que llegaran. Y ni en Piedra fue fácil el asunto, ya que la energúmena llevaba dentro sesenta legiones de demonios, que amenazaron con quemar el monasterio. Aquel día no hubo éxito con los exorcismos y la noche fue toledana:

Poco hacía que el monasterio yacía en el más profundo silencio, cuando se levantó un violentísimo huracán y una tempestad de truenos y rayos y tan espantoso aguacero, que parecía que se iba a anegar el mundo. La siniestra nube formaba como una faja desde los pinares de Soria hasta Nuestra Señora de Piedra. Cabalgaban en la nube cientos de legiones de demonios y al fulgor de los relámpagos se les veía cruzar con rapidísima carrera de Soria a Piedra, montados sobre centenares, millares de objetos, largos, estrechos, oscuros, y al llegar encima de monasterio desaparecían como si hubieran caído en vertiginosa insondable sima. (p. 273)

Un alboroto realmente infernal. Las campanas salvaron a la comunidad de morir todos chamuscados, porque ya comenzaban a arder las vigas y haces de leña, que era lo que habían acarreado los demonios. El abad bendijo las vigas y comenzaron los exorcismos de nuevo. Tras horas de debate, surtieron al fin efecto. Menos mal, si no en Soria no había quedado un pino.

Por la otra vertiente andaba por entonces fatigando los montes el escritor riojano Manuel Ibo Alfaro (1822-1885), dedicado al ejercicio de la caza. Mentiroso y fabulador como todo cazador recogió temas legendarios en sus descansos, que luego convirtió en ficciones; la más conocida: *La Virgen de la Llana y el cautivo de Peroniel*.

Ya en nuestro siglo Moncayo continúa apareciendo de cuando en cuando en relatos o poemas, pero un tanto lateralmente y las más de las veces de manera falsa como ocurre en *El escritor*, de Azorín. Novela escrita en el inicio de la posguerra, es sobre todo una reflexión sobre el hecho mismo de la escritura, empedrada de citas literarias. Sitúa alguno de sus capítulos en Ágreda, ya que uno de los personajes, Magdalena Barrientos, se supone nacida en la villa,

«hija de labradores y ganaderos ricos, con grandes rebaños y predios de labranza y pastoreo».⁴² Es de una falsedad conmovedora el retrato del personaje en el capítulo XXVI e igualmente los datos sobre la zona. El cap. XXVII, «La casa imaginada» se salva porque es un *mea culpa* del escritor: imagina la casa de Magdalena en las faldas de Moncayo, entremezclando algunas reflexiones acerca de qué es más real: lo visto o lo imaginado. Una candidez como tantas que escribió Azorín por aquellos años, sobreviviéndose a sí mismo como escritor.

Y esta suele ser la línea más generalizada en escritos literarios sobre Moncayo en nuestro siglo. El ramillete de textos aducidos por Calvo Carilla en su antología roza de tal manera la intrascendencia que ponen la piel de gallina. Mejor dejar el juicio en suspenso dadas las limitaciones de tiempo, entre otras.

Si he logrado explicarme hasta aquí y ensartar con coherencia los testimonios aducidos, espero que hayan quedado algunas ideas claras, que es el momento de sintetizar:

1. Moncayo como montaña sagrada que se ha generado a su alrededor una copiosa literatura mítica y legendaria, que sólo muy parcialmente ha sido recogida. Una sugerencia: debiera hacerse una encuesta sistemática.

2. En los textos literarios más canónicos se produce una continua adaptación de tópicos y modelos imperantes.

3. De la mera contemplación de la montaña se pasa fácilmente a convertirla en símbolo particularmente político y es plataforma adecuada que incentiva los mecanismos de la imaginación.

4. Sería necesario no perder de vista en todo caso la interdisciplinariedad en el estudio de estos textos y evitar los particularismos regionales que creo habrá quedado demostrado son artificiales.

Poco más me resta qué decir. No sé si habré logrado activar un poco los mecanismos de su imaginación como era mi intención, partiendo de cómo a lo largo del tiempo se ha ido produciendo literatura en torno a Moncayo.

Espero que Moncayo, durante siglos, siga alimentando las ensoñaciones de generaciones de hombres como lo ha venido haciendo hasta ahora, invitando al vuelo y al ensueño. Espero y deseo, en fin, que las ensoñaciones especulativas de los agentes inmobiliarios se les conviertan en horribles pesadillas, que les hagan desistir no sólo de su intento de destruir el gran balón de oxígeno que es Moncayo para nuestra región, sino que se percaten también de que es el gran balón de oxígeno de nuestra imaginación.

42. AZORÍN: *El escritor*, Madrid, Espasa Calpe, 1942, p. 96.

